

SAN JERONIMO, TRADUCTOR PARADIGMATICO

ANTONIO GARCIA - MORENO

Con la Constitución Apostólica *Scripturarum thesaurus*, S.S. Juan Pablo II el 25 de abril de 1979 ha promulgado la Neovulgata como nueva versión oficial de la Iglesia. Con ello cobra de nuevo actualidad la versión de San Jerónimo que, como dice el Sumo Pontífice, ha servido de base primordial a los trabajos de revisión. Podemos decir que la Neovulgata es un nuevo e importante espaldarazo a la versión que, desde muy pronto, se impuso sobre otras muchas por su fidelidad y unción al traducir el texto inspirado y que consiguió el título de Vulgata, que hasta entonces había ostentado la versión griega de los LXX.

La pericia del Doctor Máximo como traductor adquiere así importancia y se pone de relieve. Como dice el Papa en el citado documento, "San Jerónimo permanece como un maestro de doctrina y aún de lengua latina, además de serlo de vida espiritual".

En el presente estudio nos vamos a fijar en los principios y criterios que adoptó el autor de la Vulgata. Pero antes recorramos las diversas épocas por las que pasó la venerable versión que Trento, apoyado en el uso multiseccular de la Iglesia, había refrendado como "auténtica".

1. PERVIVENCIA DE SU VERSIÓN LATINA

1.1. *Finales del siglo IV*

El hecho sociorreligioso de una profusión de traducciones bíblicas no es exclusivo de nuestra época. Ya en otros momentos hubo tantas versiones en circulación, que lo que de por sí es una solu-

ción, llegó a ser un verdadero problema. En efecto, la abundancia y variedad de versiones en una misma lengua puede llegar a crear una situación en cierto modo caótica, en la que muchos se esfuerzan en decir lo mismo con diferentes palabras. No es mi intención analizar las causas que han podido originar ese hecho, que debieron ser diversas en cada época.

Con este trabajo se trata sencillamente de apuntar unas pistas que puedan servir al enunciado de unos juicios de valor sobre una determinada versión bíblica. Para ello quiero fijarme en una figura histórica, la de San Jerónimo, que a lo largo de los siglos ha venido a ser traductor paradigmático de la Palabra de Dios: su versión, envuelta en conocida lid con otras muchas prevaleció aiosamente, quedando indemne, curadas las posibles heridas que la erosión del tiempo ejerce sobre todo documento mil veces transcrito.

Los momentos en los que las múltiples versiones de la Biblia entorpecían, más que facilitaban, el conocimiento y la comprensión de la Sagrada Escritura podemos reducirlos a tres: los tiempos de San Jerónimo, la época que precede a Trento y los años anteriores y posteriores al Vaticano II.

De los primeros momentos apuntados decía San Agustín que eran tantas las versiones latinas diferentes de los libros sagrados, que resultaba imposible calcularlas y mucho menos numerarlas. Los que han traducido —nos refiere— del hebreo al latín se pueden contar, pero no los que tradujeron del griego al latín. En cuanto que uno sabía un poco de griego y otro poco de latín, enseguida se ponía a traducir cualquier texto griego de la Biblia que cayera en sus manos¹.

Lo peor de aquella situación es que dichas versiones se hicieron sin el menor rigor crítico. San Jerónimo detecta también en repetidas ocasiones la multiplicidad variopinta de las versiones latinas. En varias ocasiones afirma que existen tantas traducciones al latín como códices griegos hay². En el Prefacio al libro de Josué se queja el Estridonense de que cualquiera traducía, añadiendo o quitando a capricho lo que mejor le parecía³.

1. "Qui Scripturas ex hebraea lingua in graecam verterunt, numerari possunt; latini autem interpretes nullo modo. Ut, enim cuique primis fidei temporibus in manus venit codex graecus et aliquantulum facultatis sibi utriusque linguae habere videbatur, ausus est interpretari" (*De doct. christ.*, 2,16; PL 34, 430).

2. "Tot sunt paene codices quot codices" (*Praef. ad Damasum*; PL 29, 557).

3. "Apud latinos tot sint exemplaria quot codices: et unusquisque pro arbitrio suo vel addiderit vel subtraxerit quod ei visum est; et utique non possit verum esse quod dissonat" (*Praef. in Jos.*, PL 28, 503).

También Eusebio de Cesarea pone de relieve esa penosa situación y se lamenta de que haya quienes se atrevan de forma osada a poner sus manos en la Escritura con ánimo de enmendarla. De esta manera siembran la confusión y el desconcierto dando origen a versiones múltiples y dispares, como se puede comprobar comparando los diversos escritos. Así, explica Eusebio, no concuerdan los ejemplares de Asclepiadoto con los de Teodoto. A veces las cosas que uno mismo dice se contradicen entre sí, como ocurre con Apolonis, que primeramente dijo una cosa y luego otra contraria. Añade que lo malo es que de esas versiones se hicieron muchas copias, ya que cada discípulo quería tener la interpretación de su maestro⁴.

En medio de esta situación, realmente caótica, surge la figura señera de San Jerónimo que, después de un terrible sueño que él mismo nos narra⁵, se dedica de forma absoluta al estudio de la Sagrada Escritura y su enseñanza a través, sobre todo, de sus escritos. San Dámaso, primer Papa de origen español, recurre al monje de Belén para encargarle que ponga remedio y orden a situación tan perjudicial para la Iglesia. “Me obligas —le recuerda el Estridonense— a confeccionar de lo viejo una obra nueva. En medio de tantos ejemplares de la Escritura, dispersos por el Orbe, he de sentarme como árbitro que determine cuáles son los que coinciden con los originales griegos. Una labor piadosa, pero también peligrosa: juzgar a todos los demás es exponerse uno a que todos lo juzguen”. El santo doctor intuía las incomprendiones y acerbas críticas que le habrían de sobrevenir. Pero se consuela con la idea de que es el Sumo Pontífice quien le ruega emprender tal tarea⁶.

Prescindimos de la gestación lenta y laboriosa de la versión jeronimiana y nos limitaremos a recordar el éxito que, después de cierto tiempo, tuvo entre los cristianos. La parte correspondiente al Nuevo Testamento encontró amplio y rápido eco⁷; en cambio el Viejo Testamento ya desde el principio tuvo muchos y fuertes contradictores, como nos narra el mismo San Jerónimo⁸. La razón

4. Cfr. *Historia Eclesiástica*, V, 28, 16-17; PG 20, 512ss.

5. Cfr. *Epist.* 22, 30; PL 22, 416.

6. “Novum opus facer me cogis ex veteri, ut post exemplaria Scripturarum toto orbe dispersa, quasi quidem arbiter sedeam: et quia inter se variant, quae sint illa quae cum Graeca consentiant veritate, decernam. Pius labor, sed periculosa praesumptio, iudicare de caeteris, ipsum ab omnibus iudicandum” (*Praef. ad Damasum*; PL 29, 557).

7. Cfr. SAN AGUSTÍN, *c. Felicem* 1, 3; PL 42, 520.

8. Cfr. *Praefat. in Pentateucum, in Esd., in Job, in Is., in Ier.*, etc. PL 29, 63; 24, 17-22; 28, 828; 22, 78; etc.

fundamental de esta oposición estaba en que una nueva versión hecha sobre el texto hebreo venía a ser una réplica a la de los LXX, considerada como testigo fiel a la revelación y avalada por el uso de los hagiógrafos neotestamentarios. Hasta tal punto se estimaba la versión griega alejandrina que en algún momento da la impresión que la consideraban inspirada por el Espíritu Santo⁹.

En la oposición hacia la versión latina del Antiguo Testamento hecha del hebreo destaca San Agustín¹⁰. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo la cita con frecuencia y acaba elogiándola sin reparos¹¹. En el siglo V ya había exégetas que adoptaron la versión de San Jerónimo como base de sus comentarios¹². Posteriormente se extiende el uso de su versión a toda la Iglesia: "Su traducción se antepuso a las demás pues era más constante en las palabras y más clara en la transparencia de los dichos"¹³. A partir del siglo VIII su utilización se hace cada vez más común y por todos va recibiendo el título de Vulgata, que en tiempos antiguos había ostentado la versión de los LXX¹⁴.

1.2. *Tiempos de la Reforma*

Otra época de verdadero confusionismo a causa de las muchas versiones, es la que comprenden los años que precedieron al Concilio de Trento. Uno de los temas, en efecto, que los Padres conciliares hubieron de abordar fue el de los abusos en torno a la Sagrada Escritura. Después de algunos forcejeos, se decidió que, antes de entrar en la batalla, había que preparar las armas¹⁵. En las congregaciones particulares del 1 de marzo de 1546 se estudiaron los diversos abusos que dimanaban de las varias y disonantes versiones en curso ("de variis et dissonantibus translationibus")¹⁶. Sobre el tema se aportaron innumerables datos que revelaban lo insostenible de la situación.

9. Cfr. PL 29, 424.

10. Cfr. *Epist.* 71, 3-6; 82, 35; PL 32, 241-243, 243-245.

11. "Quamvis non defuerit, temporibus nostris presbiter Hieronymus, homo doctissimus, et omnium trium linguarum peritus; qui non ex Graeco, sed ex Hebraeo in Latinum eloquium easdem Scripturas converterit" (*De civit. Dei*, 18, 42; PL 22, 213). Cfr. *De doct. christ.* 4, 15; PL 34, 436.

12. Cfr. A. VACCARI, *Institutiones Biblicae*, Roma 1951, p. 327.

13. SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Originum*, VI; PL 22, 218; *De officiis ecclesiasticis*, 1, 12, 18; PL 83, 748.

14. Cfr. PL 24, 346. 466. 647.

15. Cfr. *Concilium Tridentinum. Societas Goerresiana*, t. XII, p. 448.

16. Cfr. o. c., t. I, p. 35.

El tema tenía una actualidad apasionante. Era un momento en el que se había difundido mucho el estudio de las lenguas bíblicas. Por otra parte, los conocimientos humanistas había originado nuevas versiones de la Biblia, detectando al mismo tiempo algunas deficiencias en la versión Vulgata. Estas deficiencias fueron puestas de relieve por algunos autores, a pesar de que dicha versión era utilizada por la Iglesia como oficial, aunque aún no había ninguna declaración sobre el respecto. Hay que decir que en el mismo Concilio de Trento se reconocieron las lagunas que la versión de San Jerónimo tenía, no sólo a causa de las corruptelas de los copistas, sino también por los posibles fallos del mismo traductor. Sin embargo, emprender en aquellos momentos una revisión a fondo de la Vulgata, era empresa poco menos que imposible¹⁷.

Algunos autores, entre ellos Erasmo, Osiander y Petreins, publicaron elencos de posibles correcciones a la Vulgata. Entre los "reformadores", sobre todo, cundió una especie de fiebre por revisar y renovar el texto tradicional. Aunque a menor escala, los mismos católicos recurrían a los originales, deseosos de una mayor proximidad a la palabra revelada. Así, en 1528, el dominico Sante Pagnini tradujo del hebreo y griego al latín toda la Biblia. Un año después Agustín Stenco, bibliotecario de la librería Vaticana, corrigió el Antiguo Testamento, apoyado en el texto hebreo. Años más tarde, en 1542, Isidoro de Chiari, monje benedictino, publicó una Vulgata revisada en conformidad con los textos originales. Ante esta situación, otros muchos autores tomaron partido por la versión de San Jerónimo, con lo cual las tensiones aumentaron y, en definitiva, cada uno recurría a su propia traducción y despreciaba la del contrario¹⁸.

Esta situación repercutía también en las ediciones de la Biblia hechas en lenguas vernáculas. En algunos países se habían prohibido dichas versiones por diferentes motivos. En Inglaterra, por ejemplo, la versión inglesa de Wiclif determinó la prohibición de las demás versiones en lengua inglesa. También Francia y España habían adoptado como medida de seguridad en defensa de la ortodoxia el prohibir las versiones en lengua vulgar. En Alemania, sin embargo, existían por aquel entonces dieciocho ediciones completas de los Libros Sagrados en alemán. Lutero, por su parte, hizo su propia versión del Nuevo Testamento en 1522, que tuvo

17. Cfr. o.c., t. I, p. 37.

18. Cfr. H. JEDIN, *Historia del Concilio de Trento*, Pamplona 1972, t. II, p. 82.

excelente acogida y difusión, sin que las versiones católicas de Emse, Ecky y Dietemberg pudieran contrarrestar los efectos perniciosos de la versión de Lutero que acabaría por provocar el gnosticismo. “La traducción de la Biblia a las lenguas nacionales —afirma Jedin— había sido francamente el lazarillo de la reforma luterana”¹⁹.

Sobre las diferentes versiones de un mismo pasaje, tenemos un párrafo de Melchor Cano que refleja muy bien la situación confusa del momento. Dice así: “¿Cómo se explica que, a veces, estos nuevos intérpretes no traduzcan de la misma manera unos mismos códices? En efecto, Lutero traduce el verso cuarto del salmo 109 de una manera, de otra muy diferente Pomerano, de otra Pelicano de otra Bucero, de otra Munstero, de otra Zwinglio, de otra Félix, de otra muy distinta Pagnino, hasta el punto de parecerme poquísimas las versiones de Teodoción, Symaco, Aquila, la quinta, sexta y séptima, incluso la Vulgata y hasta los LXX, si las comparamos con las diferentes versiones de esos autores. Sin duda, esta variedad tan enorme de traducciones resultó siempre para los herejes algo propio y familiar”²⁰.

Existía, pues, una verdadera revolución bíblica y la lectura de la Biblia había venido a ser, paradójicamente, un verdadero problema. En la mente de todos estaba claro que era una de las cuestiones que había que abordar con decisión y desde su raíz. Ello explica que muchos de los Padres de Trento llegaran al Concilio pertrechados ya de abundante material cuidadosamente elaborado²¹.

Después de las congregaciones particulares sobre el tema, a las que ya nos hemos referido antes, el día 17 de marzo de 1546 se tuvo una congregación general en la que el arzobispo “Aquensis” leyó el resumen que habían elaborado los Padres designados para que estudiaran y sintetizaran el tema de los abusos acerca de la Escritura. Dicho resumen decía así: “A causa de las diferentes ediciones y traducciones de los Libros Sagrados, los lectores, los que discuten o los que predicán, abandonan con frecuencia la verdad, debido a la contradicción excesiva que en las versiones en uso se dan. Por esto se ha pensado para remedio de este mal el tener un solo volumen de los Libros Sagrados, cuya autoridad sea para todos tan grande que no le sea lícito a nadie recurrir a otra versión. Para no herir a los oyentes con algo nuevo se cree con-

19. O. c., p. 83.

20. *De locis theologis*, Madrid 1791, 11, 13, 325.

21. Cfr. H. JEDIN, o. c., p. 84.

veniente que esa única Biblia no sea diversa de la edición llamada Vulgata”²².

Era el principio de un largo debate, salpicado de intervenciones duras y a veces violentas, que no es el momento de referir. Lo único que nos interesa destacar ahora es que, en definitiva, la traducción de San Jerónimo prevaleció sobre las demás. Así lo manifiesta el Decreto “Insuper” al presentarla como versión auténtica que “por el largo uso de tantos siglos ha sido aprobada en la Iglesia... de tal manera que nadie se atreva o presuma rechazarla por ningún pretexto”²³. Esto no supone, como ya hemos visto antes, que los Padres de Trento no se dieran cuenta de las deficiencias de la Vulgata y de la necesidad de revisarla, tarea que excede de sus posibilidades y que encomiendan al Papa²⁴.

1.3. Años del Concilio Vaticano II

En los últimos años el hecho de la proliferación de versiones de la Sagrada Escritura, como decíamos al principio, se ha repetido. Es cierto que a nivel de Iglesia universal se ha mantenido la uniformidad del uso de una sola versión, pero a nivel de iglesias locales o nacionales la profusión de versiones es de todas conocidas y no vamos a demostrar lo que no necesita demostración²⁵. A nivel de Santa Sede, que es el que nos interesa aquí, hemos de reconocer que la Vulgata sigue en vigor. A pesar de los ataques y el desprecio que ha sufrido el uso del latín, éste sigue siendo la lengua de la universalidad y la que la Iglesia reconoce como propia y oficial en sus documentos. A este respecto son dignas de notar las palabras que Juan Pablo II dirigía a los miembros de la

22. “Quod propter diversas bibliorum editiones diversasque translationes, quibus utuntur legentes, disputantes et praedicantes, saepius veritatem propter nimiam contradictionem pugnando amitti. Propterea visum est huic morbo mederi posse, si unum bibliorum volumen habeatur, qui ab omnibus allegetur, cuius auctoritas tanta sit apud omnes, ut nulli liceat ad aliam editionem confugere. Quae autem debeat esse biblia, visum est, ne quid novum auribus inculcari videatur, ut a vulgata editione non recedatur” (*Concilium Tridentinum. Societas Goerresiana*, t. I, p. 36).

23. EB 61.

24. Cfr. *Concilium Tridentinum. Societas Goerresiana*, t. I, p. 37.

25. Cfr. J. SÁNCHEZ BOSCH, *La Biblia y el libro español*, Barcelona 1977, p. 3 ss. A esta abundancia de versiones han contribuido, sin duda, las recomendaciones que ya S.S. Pío XII había hecho en la *Divino afflante Spiritu* (cfr. EB 566ss.), así como las claras recomendaciones de la *Dei Verbum* del Vaticano II (cfr. nn. 22 y 25). Por tanto el hecho de la proliferación de traducciones es en sí positivo y loable, aunque no lo sea el resultado que en alguna ocasión se ha obtenido.

Fundación "Latinitas", establecida por Pablo VI, en audiencia de 27 de noviembre de 1978²⁶.

Antes del Vaticano II estaba vigente el texto latino de la Vulgata como versión oficial de la Iglesia hasta el punto de que era dicha versión la que había de ser la base primordial para toda traducción de la Biblia a lengua vernácula, máxime en aquellas versiones que se pretendían leer dentro de alguna celebración litúrgica. Esta norma era consecuencia lógica de la "autenticidad" jurídica, no crítica, que la Vulgata tiene desde que en el Concilio de Trento se la declaró como exenta de error en materia de fe y costumbres.

En 1945 ocurre un hecho altamente significativo. Pío XII aprueba una versión latina del Salterio, distinta de la que tiene la Vulgata y hecha sobre los originales, con total independencia del texto de San Jerónimo, y llevada a cabo por profesores del Instituto Bíblico de Roma, bajo la dirección del Cardenal Bea. Bajo los auspicios del Sumo Pontífice esa versión latina se introduce en el Breviario u Oficio divino de entonces, pero no en el Misal en donde sigue en vigor la versión galicana de la Vulgata. No obstante, en algunas fiestas nuevas se fue introduciendo el nuevo texto de los salmos propios del Tracto o Gradual.

Esta nueva versión, sin embargo, tuvo escaso éxito. Sobre todo si la comparamos con la larga pervivencia de la traducción de San Jerónimo. Pronto una serie de críticas fueron poniendo de relieve las deficiencias de la nueva versión, tan diversa de la "latinitas christiana", cuya piedad y unción se echaba de menos. Con Pablo VI se emprende la tarea de volver al antiguo salterio, aunque procurando revisarlo según las mejores versiones críticas del Salterio galicano y teniendo muy presente el texto hebreo. Así es como nace la Neovulgata, la nueva versión recientemente promulgada²⁷.

Nos llevaría mucho tiempo exponer las diversas etapas de la nueva versión latina, que después de los Salmos abordó la traducción del Nuevo Testamento, para terminar con el Antiguo. Sólo destacaremos que el principio fundamental de la nueva versión oficial de la Iglesia ha sido el de respetar al máximo el texto antiguo de la Vulgata, cuyo lenguaje y terminología ha impuesto, además, la selección de los nuevos términos que se han introducido.

26. Cfr. "Observatore Romano", edic. española, 24-XII-1978.

27. Para un mejor conocimiento de las diversas etapas en la preparación de la Neovulgata, así como para el estudio y análisis de los criterios seguidos en la revisión de la Vulgata, puede consultarse A. GARCÍA-MORENO, *A propósito de la Neovulgata*, "Scripta Theologica", 9 (1977) 1127-1157.

Piero Rosano, Secretario que fue de la Pontificia Comisión para la Neovulgata, afirmaba que la nueva versión tenía como primer objetivo “conservar el antiguo y precioso texto de la Vulgata, a la que la Iglesia católica reconoce desde siempre una autenticidad jurídica”²⁸. El 22 de diciembre de 1977, S.S. Pablo VI daba la noticia de la culminación de la Neovulgata a todo el Colegio Cardenalicio. Se refirió de nuevo a lo que ya había afirmado diez años antes sobre la versión que entonces se iniciaba. Recordó, entre otras cosas, que esta versión latina “habrá de servir como punto de referencia para las versiones en lengua vulgar”²⁹.

De todo lo expuesto bien podemos hablar del triunfo de la versión de San Jerónimo, que a través de la nueva versión sigue en el candelero ofreciéndose como modelo de toda traducción de la Sagrada Escritura. Con Lagrange podemos, pues, afirmar que la Vulgata es “una de las más admirables hazañas del espíritu humano”³⁰, “un libro que por su difusión no tiene parangón en el mundo entero”³¹.

2. PRINCIPIOS DE LA TRADUCCIÓN JERONIMIANA

Quizá puedan resultar demasiado largas estas consideraciones de tipo histórico, para llegar a la conclusión de que hay que mirar a San Jerónimo y escucharle a la hora de emprender o de valorar una versión de la Biblia. De todas formas lo que hace unos años era incontrovertible, quizá ahora no lo sea tanto y venga bien recordar para no dejarse llevar por los aires del momento. Desde luego lo que resulta indiscutible es que San Jerónimo acertó y consiguió, quizá sin intentarlo, una versión que le ha sobrevivido hasta nuestros días como base textual de innumerables teólogos y exégetas, que han comentado la Palabra de Dios desde la perspectiva del Doctor Máximo. Por tanto, bien vale la pena conocer su modo de traducir, al menos en línea de principios que rigieron su tarea de traductor.

28. “...servirà anche da punto di riferimento per le versioni nelle lingue volgari”, AAS, 59 (1967) 54.

29. “...conservare il testo antico e prezioso della Volgata, alla quale la Chiesa cattolica riconosce da semper un'autenticità jurídica” (“L'Osservatore Romano”, 25-26-V-1970). Estas palabras, lo mismo que las citadas en la nota anterior, han sido recogidas en la *Scripturarum thesaurus* de S.S. Juan Pablo II.

30. Citado por D. RUIZ BUENO, *Cartas de San Jerónimo*, Madrid 1957, t. I, p. 484.

31. A. VACCARI, *Alle origini della Volgata*, “Civiltà Cattolica”, 4 (1955) 546.

Para conseguir este objetivo nos vamos a detener en algunos pasajes de sus muchos escritos que se refieren, directa o indirectamente, a la traducción de la Sagrada Escritura. Podemos decir que el mismo San Jerónimo nos indica el camino: "Respecto al género o estilo de traducción que haya de seguirse en las Sagradas Escrituras, queda expuesto en el libro que escribí 'sobre el mejor modo de traducir' y en los breves prefacios a los libros divinos, que he antepuesto a mi versión"³². Este tratado "de optimo genere interpretandi" se refiere a la carta que dirigió a Pammaquio y que corresponde a la número cincuenta y siete del epistolario de San Jerónimo. Además de esta carta hay otras que, aunque de pasada, tocan de alguna forma nuestro tema. Nos fijaremos en la ciento seis y en la ciento doce. También veremos algunos de los prefacios en los que trata acerca de la traducción bíblica.

2.1. "De optimo genere interpretandi"

En la carta a Pammaquio, como en tantas otras ocasiones, el Estridonense hace espada de su pluma y se defiende contra quienes le vituperan y calumnian. Escribe contra "una lengua estúpida" que le arguye de ignorante o de mentiroso, según que haya traducido así por falta de conocimiento, o que lo haya hecho por malicia y engaño. "Acaso mi acusador —dice—, con la facilidad con que habla de todo y la impunidad con que se imagina que todo le está permitido, intenta acusarme también ante vosotros, lo mismo que acusó al Papa Epifanio; de ahí mandarte esta carta que te informe a ti, y, por ti, a los que tienen a bien amarme, de cómo ha pasado todo"³³.

Eusebio de Cremona, "varón no oscuro entre los suyos", rogó a San Jerónimo que le tradujera del griego al latín una célebre carta de San Epifanio a Juan, Obispo de Jerusalén, contra algunos puntos heréticos de Orígenes. "Accedí a lo que quería —explica nuestro autor—. Llamamos a un estenógrafo y dicté aprisa.

32. "Quod autem interpretationis in scripturis sanctis sequendum sit, liber quem scripsi de optimo e genere interpretandi, et omnes praefatiunculae divinorum voluminum, quas editioni nostrae praeposuimus, explicant; ad illasque prudentem lectorem remittendum puto" (*Epist.* 112, 20; PL 22, 929).

33. "Ac ne forsitan accusator meus facilitate qua cuncta loquitur, et impunitate qua sibi licere omnia putat, me quoque apud vos arguere ut papam Epiphanium criminatus est, hanc epistolam misi quae te, et per te alios qui nos amare dignantur, rei ordinem doceat" (*Epist.* 57, 1; PL 22, 568).

y corriendo la versión, anotando al margen de la página el sentido de lo que contenía cada capítulo”³⁴. Es una traducción, por tanto, hecha según el sentido y no meramente literal. Además, San Jerónimo hace una explicación marginal de lo que parece no quedar claro al traducir. Se confirma así el principio de que toda traducción, por buena que sea, siempre necesita una cierta paráfrasis que, sin tocar el contenido textual propiamente dicho, explicita de alguna forma lo que una mera traducción jamás podrá conseguir.

El escrito traducido a que se refiere era un documento totalmente privado, que por un favor particular tradujo nuestro santo. Alguien, sin embargo, robó aquella traducción y la hizo llegar a sus enemigos. La reacción fue violenta y acusaron al monje de Belén de ser un farsante o al menos un mal traductor. Era una acusación injusta el tacharle de haber cometido tal delito, sobre todo violando una correspondencia privada. La verdad es que no se puede decir que sea una traducción errónea: “la misma carta prueba que nada se ha cambiado en el sentido, no se ha añadido nada ni se ha inventado doctrina de ningún género. Ello demuestra que esos señores ‘a fuerza de entender, no entienden nada’³⁵, y al querer argüir la ignorancia ajena ponen de manifiesto la ignorancia propia”³⁶.

Como defensa de su traducción, desde luego un tanto libre, enuncia un principio que lo considera de primera importancia: “Yo, por tanto, no sólo confieso sino que proclamo en voz alta que, excepto las Sagradas Escrituras, en las que aún el orden de las palabras encierra un misterio, en la traducción de los griegos no expreso palabra por palabra, sino que sigo el sentido”³⁷. Después desarrolla y explica este principio con diversos ejemplos, apoyándose además en la autoridad de importantes traductores de la antigüedad clásica.

34. “Feci quod voluit; accito notario raptim celeriterque dictavi, ex latere in pagina breviter adnotans quem intrinsecus sensum singula capita contineret...” (o. c., n. 2).

35. TERENTIUS, *Andr.* prol. 17.

36. “Nunc vero cum ipsa epistula doceat nihil mutantum esse de sensu, nec res additas, nec aliquod dogma confictum, ‘faciuntne intelligendo ut nihil intelligant’, et dum alienam inperitiam volunt coarguere suam product’” (*Epist.* 57, 5; PL 22, 570-571).

37. “Ego non solum fateor, sed libera voce profiteor me in interpretatione Graecorum absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est, non verbum e verbo sed sensum exprimere de sensu” (Ibid.).

Es muy interesante la salvedad que hace al referirse a la Sagrada Escritura, que confirma la peculiaridad del texto sagrado. Es cierto que la impresión que se puede sacar de sus palabras, hay que matizarla. A primera vista parece que San Jerónimo se inclina en el caso de la Biblia por una traducción ligada estrictamente a la letra. Más adelante, sin embargo, veremos que no es así.

Recuerda nuestro autor a su maestro Marco Tulio Cicerón que tradujo a Platón, a Jenofonte, a Esquines y a Demóstenes. Más que como simple traductor —nos refiere—, el gran estilista latino tradujo como orador, “con las mismas ideas, con sus formas y figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso. No me pareció oportuno —dice Cicerón— traducir palabra por palabra, sino conservar la propiedad y fuerza de todas las palabras”³⁸.

Se refiere también San Jerónimo a Horacio que en su libro sobre el arte poético afirma: “No trates de traducir, traductor escrupuloso, palabra por palabra”³⁹. Alude además a las traducciones de Terencio y Plauto. “¿Acaso andan asidos de las palabras y no tratan más bien de mantener la gracia y la elegancia en la traducción? Lo que vosotros llamáis fidelidad de traducción, los doctores lo llaman κακοζηλίαν o mal gusto”⁴⁰. Esto es, por tanto, fundamental para nuestro autor y desde muy joven lo venía practicando. Recuerda, en efecto, que hace veinte años, al traducir a Eusebio, decía ya: “Difícil cosa es que quien va siguiendo las rayas ajenas, no se salga en algún punto de las mismas, y dura tarea es que lo bien dicho en una lengua conserve igual donosura en su traducción. A veces tenemos algo que está expresado con fuerza por una sola palabra, que no tiene sinónimo en otra lengua, y uno no tiene palabra adecuada para decir lo mismo. Y al buscar la culminación de una sentencia, a pesar de dar más amplitud al texto apenas si se consigue recorrer un corto espacio de camino. Hay que añadir las tortuosidades del hipébaton, las diferencias de los casos, la variedad de las figuras, y, por último, ese genio propio y como casero de cada lengua. Si traduzco a la letra, suena mal; si por necesidad cambio algo en el orden de las palabras, puede parecer que me salgo de mi oficio de traductor... Si alguno piensa

38. “...nec converti ut interpres, sed ut orator, sententiis isdem et earum formis tam quam figuris, verbis ad nostram cosuetudinem aptis. In quibus non pro verbum necesse habui reddere, sed genus omnium verborum vimque servari” (CICERÓN, *De optimo gen. orat.* 13-14).

39. “...nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres” (*Ars poet.* 133s.).

40. “Numquid haerent in verbis, ac non decorem magis et elegantiam in translatione coservant? Quam vos veritatem interpretationis hanc eruditi κακοζηλίαν nuncupant?” (*Epist.* 57, 5; PL 22, 571).

que con la traducción no se menoscaba la gracia, el donaire del original, que traduzca al latín el griego de Homero palabra por palabra; más aún, que lo traduzca en prosa a la propia lengua. Comprobará qué ridículo estilo resulta: el más elocuente de los poetas apenas si podrá hablar”⁴¹.

Después de veinte años, San Jerónimo sigue pensando que una traducción, para que sea buena, tiene que desenvolverse con cierta agilidad respecto del original. “Una traducción literal de una lengua a otra encubre el sentido, a la manera que la grama frondosa ahoga la siembra”⁴². Es una cita de otro autor de su época, que tradujo muchos textos griegos al latín sin ceñirse a la letra, “sino que, por así decir, condujo como vencedor a la propia lengua el sentido que cautivó en la ajena”⁴³.

Además de los autores clásicos latinos y de los autores eclesiásticos, cita San Jerónimo a los hagiógrafos como ejemplos de traducción libre y no literal. Así leemos en Mc 5,41 que el Señor dice: “Talitha cumi”. El evangelista añade a renglón seguido “que significa: Niña, a ti te digo, levántate”. Observa San Jerónimo que el texto arameo de “talitha cumi” sólo dice en realidad “niña, levántate”. Sin embargo, San Marcos añade “a ti te digo”, “para dar más énfasis a la frase y expresar así la llamada e imperio del Señor”⁴⁴. Aduce otros muchos ejemplos de los autores inspirados y también de la versión de los LXX respecto del texto hebreo del Antiguo Testamento. “De lo cual resulta patente que en la interpretación de las Escrituras antiguas, los apóstoles y evangelistas no buscaron tanto las palabras cuanto el sentido, ni se preocupa-

41. “Difficile est, alienas lineas insequentem, non alicubi excidere: et arduum, ut, quae in alia lingua bene dicta sunt, eundem decorem in translatione conservent. Significatum est aliquid unius verbi proprietate; non habeo meum, quod id efferam: dum quaero implere sententiam, longo ambitu vix brevis viae spatia consumo. Accedunt hyperbatorum anfractus, dissimilitudines cassuum, varietates figurarum, ipsum postremo suum, et, ut ita dicam, vernaculum linguae genus. Si ad verbum interpretor, absurde resonant; si ob necessitatem aliquid in ordine, vel in sermone mutavero, ab interpretis videbor officio recessisse... Quos si cui videtur, linguae gratiam in interpretatione mutari, Homerum, ad verbum exprimat latinum. Plus aliquid dicam: eundem sua lingua prosae verbis interpretetur: videbis ordinem ridiculum, et poetam eloquentissimum vix loquentem” (ibid).

42. “Ex alia in aliam linguam ad verbum expressa translatio sensus operit, et veluti laeto gramine sata strangulat” (Ibid., n. 6).

43. “...nec adsedit litterae dormitanti, et putida rusticorum interpretatione se torsit, sed quasi captivos sensus in suam linguam victoris iure transpuit” (Ibid.).

44. “Arguite evangelistam mendacii, quare addiderit ‘tibi, dico’, cum in hebraeo tantummodo sit ‘puella, surge’; sed ut ἐμφοτικώτερον faceret et sensum vocantis et imperantis exprimeret, addidit ‘tibi dico’” (Ibid. n. 7).

ron gran cosa de la construcción y los términos, siempre que la inteligencia de fondo quedara patente”⁴⁵.

Estas palabras del Doctor Máximo requieren, a su vez, de una recta comprensión. Podría parecer que, a tenor de las mismas, cuando nuestro santo traductor hace la versión latina de los Libros Sagrados se independiza en absoluto de la literalidad del texto y que, más que una traducción, presentara una paráfrasis. De ningún modo es así como luego veremos, y como es fácil colegir de cualquiera de sus traducciones, en la que las diferencias con el original que nosotros tenemos, se deben más al mismo texto que él tuvo delante al traducir, distinto en cierto modo al actual.

Por otra parte es preciso decir que en el caso de los autores inspirados del Nuevo Testamento, su libertad en traducir y aplicar el sentido de las profecías proviene del carisma mismo de la inspiración divina, gracias al cual ponen de manifiesto el sentido profundo del Antiguo Testamento, el “sensus plenior” que nadie como el mismo Dios puede descubrir, y descubre por medio de los autores sagrados del Nuevo Testamento. De todos modos San Jerónimo los aduce como atenuante de la traducción libre que hizo de la susodicha carta de Epifanio.

Considera San Jerónimo como modélica a la versión de los LXX, usada y aceptada por los apóstoles y hagiógrafos neotestamentarios. Reconoce y señala algunas diferencias y omisiones respecto del texto hebreo, pero las considera como accidentales y explicables también, añadimos nosotros, por la posible diversidad de texto hebreo que los LXX tuvieron al hacer su versión. Esta posibilidad está avalada hoy por los descubrimientos de Qumrân en los que los textos hebreos encontrados difieren, aunque no en lo esencial, con el texto hebreo que nosotros tenemos⁴⁶.

45. “Ex quibus universis perspicuum est apostolos et evangelistas in interpretatione veterum scripturarum sensum quaesisse, non verba, nec magnopere de ordinatione sermonibusque curasse cum intellectui res paterent” (Ibid. n. 9).

46. “La presencia de una serie de manuscritos hebreos en las cuevas de Qumrân que apoyan la traducción de los Setenta frente al TM demuestra que los traductores no obraron con tanta libertad como se creía generalmente, sino que tradujeron lo que tenían delante. Lo que sucedía era que este original hebreo pertenecía a una familia distinta de la del TM. Los nuevos manuscritos hebreos, juntamente con el manuscrito griego de los Profetas menores, encontrado en wadi Jabra, y otros manuscritos de los Setenta en las cuevas de Qumrân, permiten esbozar una historia de la traducción de los Setenta distinta de la que se suponía hasta ahora” (A. GONZÁLEZ LAMADRID, *Los descubrimientos del Mar Muerto*, Madrid 1973, p. 237). Cfr. también P. WALTER - P. KATZ, *The text of the Septuagint. Its corruptions and their emendation*, Cambridge 1973.

Es interesante, para captar el pensamiento de San Jerónimo, considerar un ejemplo de traducción literal de la Sagrada Escritura, que él rechaza de plano. Se trata de la versión de Aquila, "prosélito y traductor meticuloso que, no sólo se esforzó en traducir las palabras, sino también la etimología de las mismas palabras". Expone cómo este autor se empeña en traducir "no sólo los artículos, sino los preartículos", resultando así a menudo una versión chocante en la que se construyen tanto las sílabas como las letras: para decir $\sigma\upsilon\nu\ \tau\omicron\nu\nu\ \omicron\upsilon\beta\alpha\rho\nu\acute{o}\nu\ \kappa\alpha\iota\ \sigma\upsilon\nu\ \tau\eta\nu\ \gamma\eta\nu$ del original viene a traducir 'con al cielo y con a la tierra'⁴⁷.

Ya vimos cómo el Estridonense distinguía una traducción de un libro sagrado y otra de un autor profano cualquiera. A simple vista pudiera parecer que en el primer caso habría que traducir palabra por palabra y siguiendo el mismo orden. Así lo hizo, al parecer, con el libro de Ester⁴⁸, donde se puede ver que, en efecto, traduce palabra por palabra, sin añadir lo más mínimo⁴⁹. Sin embargo, hay otros muchos pasajes en los que Jerónimo afirma que ha traducido más según el sentido que según el tenor de las mismas palabras⁵⁰.

Si analizamos la versión latina del Nuevo Testamento según la Vulgata, observamos de ordinario una fidelidad literal estricta, aunque varía según los autores. Es cierto que en el caso del Nuevo Testamento la labor del Estridonense no siempre fue de traductor, sino más bien de seleccionador de las diversas versiones que entonces estaban al uso⁵¹. De todas formas su misma acción selectora es claro índice del criterio seguido a la hora de determinar la corrección de una traducción.

En cuanto al Antiguo Testamento podemos decir que logra una versión que, dentro de una cierta, libertad, resulta fiel al original aunque no literal. Atiende sobre todo al sentido⁵², pero sin aban-

47. Cfr. *Epist.* 57, 11; PL 22, 577.

48. "Librum Esther variis translationibus constant esse vitiatum, quem ego de archivis Hebraeorum relevans, verbum e verbo pressius transtuli" (*Praef. in Esth.*; PL 28, 1503).

49. "...per singula verba nostram translationem aspiciate; ut possitis agnoscere me nihil etiam augmentare addendo, sed fideli testimonio simpliciter, sicut in Hebraeo habetur, historiam Hebraicam Latinae linguae tradidisse" (*Ibid.*).

50. "...et sepositis occupationibus, quibus vehementer arctabar, huic unam lucubratiunculam dedi, magis sensum e sensu, quam ex verbo verbum transferens. Multorum codicum varietatem vitiosissimam amputavi: sola ea, quae intelligentia integra in verbis Chaldeis invenire potui, Latini expressi" (*Praef. in Judith*, PL 29, 40-41).

51. Cfr. *Praef. ad Damasum*, PL 29, 557.

52. Cfr. *Epist.* 106, 30; 112, 20; PL 22, 817; 928-929.

donar una esmerada fidelidad al texto primigenio⁵³. En realidad San Jerónimo adopta una vía media entre una total libertad propia de una traducción cualquiera, donde lo que importa es sólo el sentido, y una estricta libertad que podría parecer necesaria en una traducción bíblica. El procura no caer en un literalismo servil que originase una versión absurda, pero al mismo tiempo intenta traducir con la mayor fidelidad las mismas palabras que Dios inspiró.

2.2. *Carta a Sumnia y Fretela*

Otro documento que nos sirve para el estudio de sus criterios de traductor sagrado es la epístola 106, dirigida a Sumnia y Fretela, dos varones nórdicos que consultan a Jerónimo acerca de las posibles variantes del Salterio. Les contesta diciendo, ante todo, la dificultad que entraña el atender a su petición y lo fácil que es caer en lenguas y críticas acerbas, pues al juzgar a los otros se expone a que éstos lo juzguen⁵⁴. Pero ese peligro no le arredra y así nuestro autor presenta 178 variantes recogidas en 82 salmos. En todas ellas se descubre la erudición del santo y, sobre todo, su sentido común.

Advierte que cuando hay discrepancias entre las versiones griegas o latinas se refugia en “la verdad hebraica”, es decir, en el texto original hebreo⁵⁵. Suele dar la razón de su propia traducción cuando en ocasiones se aparte de otras versiones en uso. Uno de los primeros motivos, que en varias ocasiones explican las posibles diferencias que hay en una versión, está en los errores que suelen cometer los copistas. Por mucho empeño que pongan en ser fieles transcritores, siempre se desliza algún error u omisión. De aquí proviene, por tanto, alguna que otra variante en la versión de Jerónimo. Que no achaquen, pues, al traductor lo que es culpa del “adormilado copista”⁵⁶.

En el salmo 67, por ejemplo, señala el Estridonense una variante introducida por una deficiente transcripción⁵⁷. Por lo tan-

53. “Quamquam mihi omnino conscius non sim mutasse me quippiam de Hebraica veritate. Certe si incredulus es, lege Graecos codices et Latinos, et confer cum his opusculis: et ubicumque inter se viderit discrepare, interroga quemlibet Hebraeorum, cui magis accommodare debeas fidem” (*Prolog. Galeatus*, PL 28, 557).

54. Cfr. *Epist. 106*, 1; PL 22, 837.

55. Cfr. *Epist. 106*, 2; PL 22, 838.

56. Cfr. *ibid.* n. 30.

57. Cfr. *ibid.* n. 41 y 65.

to, las variantes provienen no de su osadía al traducir, sino de la negligencia o limitación de quien hace la copia. Así ocurre, por ejemplo, en el Ps 73 en el que un copista, entusiasmado al parecer por la paráfrasis marginal de San Jerónimo, la inserta en el mismo texto, lo cual desagrada al santo, al igual que las demás veces en las que el copista copia otra cosa, por nimia que sea, de aquello que tiene delante de sus ojos⁵⁷.

En ocasiones las diferencias que apuntan sus remitentes nórdicos son introducidas por el mismo Doctor Máximo, según su propio modo de traducir, que huye de un estrecho servilismo a la letra que perdería “toda la gracia de una buena versión. Ley es de todo buen intérprete reproducir los idiotismos de la lengua extraña por otros peculiares de su propia lengua”⁵⁸. Está convenido nuestro autor que el traducir de forma meramente literal nos puede llevar a “una traducción absurda”, a esa *κακοζήλιαν* o disonancia de la que ya hablamos⁵⁹.

A veces una determinada traducción viene impuesta por la claridad del sentido. Traducción que inquieta a Sumnia y Fretela por lo distinta que resulta de la que ellos conocen. Así en el Ps 30,23 los códices latinos leían “in pavore meo”, pero San Jerónimo traduce según el texto griego ἐν τῇ ἐκστάσει μου, “es decir, ‘estando fuera de mí’, pues en latín no puede expresarse la idea de éxtasis sino por estar o salir uno fuera de sí (*excessus mentis*)”⁶⁰.

Con ocasión de estudiar una variante en el Ps 49,16 afirma que el dar demasiada beligerancia a cuestiones accidentales sobre una palabra “es perder el tiempo, y no debemos torturarnos en una traducción afectada de palabras, con tal de que en nada sufra el sentido, pues como hemos dicho antes, cada lengua se expresa con sus propios idiotismos”⁶¹. El término *κλαυθμῶνος*, insinúan los nórdicos, habría que traducirlo por lloro y decir “el valle del lloro” en lugar de “el valle de lágrimas”, “pero lloro, llanto y lágrimas —contesta Jerónimo—, todo es lo mismo en cuanto al sen-

58. “...omnem decorem translationis amittimus, et hanc esse regulam boni interpretis, ut ἰδιώματα linguae alterius, suae linguae exprimat proprietate” (Ibid. n. 3).

59. Cfr. *ibid.* n. 17.

60. “...id est, ‘in excessu mentis meae’; aliter enim ἔκστασιν Latinus sermo exprimere non potest, nisi ‘mentis excessum’” (Ibid. n. 18).

61. “Haec superflua sunt, et non debemus in putida nos verborum interpretatione torquere, cum damnum non sit in sensibus, quia unaquaque lingua, ut antea iam dixi, suis proprietatibus loquitur” (Ibid. n. 30).

tido. Y nuestro empeño es mantener la elegancia de la lengua latina, allí donde no se da un cambio de sentido”⁶².

Esa preocupación por la elegancia en el decir le lleva también a menudo a traducir de una forma determinada. Por esta razón traduce el Ps 39,9 diciendo “tu ley en medio de mi corazón” y no “en medio de mi vientre” como exigiría de por sí el texto griego, e incluso el mismo original hebreo. Sin embargo, “por razón de eufonía, se ha traducido ‘en mi corazón’”⁶³. En el Ps 43,15 Jerónimo traduce “nos has hecho proverbio de las naciones” en lugar de “en las naciones” como exigiría la literalidad de ἐν τοῖς ἔθνεσιν, “pero decir en latín ‘proverbio en las naciones’ hubiera resultado una cacofonía. Por eso, cuando el sentido no sufre menoscabo, se ha de mantener la elegancia de la traducción”⁶⁴.

El Ps 48,15 en su original griego, de donde tradujo el Doctor Máximo los salmos, dice εὐθείς que propiamente habría que traducir por “rectos”. San Jerónimo, sin embargo, dice “justos” por razón de eufonía. “No hay por qué expresar palabra por palabra, de forma que mientras perseguimos la sílaba perdamos el sentido”⁶⁵. Muchas veces trata de evitar la redundancia⁶⁶ y mantiene dentro de lo posible una traducción que conserve su gracia original de acuerdo con las normas del buen decir latino⁶⁶.

Una nota a destacar en su quehacer interpretativo, según se desprende de esta epístola, es el cuidado que pone en no cambiar expresiones ya acuñadas por el tiempo y admitidas como usuales en el lenguaje de la predicación y de la enseñanza. En este sentido afirma que “donde quiera que el sentido era el mismo, no quisimos cambiar la antigua versión original, a fin de no espantar con exceso de novedad el gusto del lector”⁶⁷. A este criterio, tan lleno de sentido común y tan olvidado por algunos, recurre en el Ps 49,23

62. “Pro quo dicitis in Graeco scriptum esse: κλαυθμῶνος, id est: ‘plorationis’, sed sive ploratum, sive planctum, sive fletum, sive lacrimas dixerimus, unus est sensus. Et nos hoc sequimur, ut ubi nulla de sensu est immutatio, Latini sermonis elegantiam conservemus” (Ibid. n. 54).

63. “Sed propter euphoniā apud Latinos, ‘in corde’ translatum est...” (Ibid. n. 23).

64. Pro quo in Graeco scriptum sit: ἐν τοῖς ἔθνεσιν; sed si dictum fuisset in Latino: ‘in similitudinem in gentibus’, κοκκόφωνον esset; et propterea absque damno sensus, interpretationis elegantia conservata est” (Ibid. n. 26).

65. “...et non debemus sic verbum de verbo exprimere, ut dum syllabam sequimur, perdamus intelligentiam” (Ibid. n. 29).

66. “...sed in Latino sermone si transferatur, fit indecora translatio...” (Ibid., n. 12).

67. “...et nos emendantes olim psalterium ubicumque sensus idem est, veterum interpretum consuetudinem mutare, nolimus, ne nimia novitate lectoris studium terreremus” (Ibid.).

donde respeta el texto anterior “pues el sentido era el mismo”⁶⁸. Es sin duda un criterio pastoral de primer orden, que evita la sorpresa, cuando no la confusión del lector creyente.

Al estudiar el Ps 73 hace una distinción entre lo que se ha de mantener en la traducción “por veneración de su antigüedad”, y lo que ha de conocerse “por honor a la ciencia de la Escritura. Por eso, si algo se anota al margen por razón de estudio, no ha de incorporarse al texto, perturbando, según el talante del que escribe, la traducción anterior”⁶⁹. Lo mismo ocurre en el Ps 104,30 donde al no cambiar la idea, nos dice Jerónimo que “siguiendo la antigua traducción, no quisimos cambiar lo que no afectaba al sentido”⁷⁰.

2.3. *Controversia entre colosos*

Pasamos a otra carta, la 112, que contesta a San Agustín que le escribe y envía unas cuestiones a través del diácono Cipriano⁷¹. Dichas cuestiones, según el destinatario, son más bien otras tantas críticas a la traducción de San Jerónimo⁷², que se declara abiertamente en un clima de controversia, pidiendo a Dios que de aquella lucha cuerpo a cuerpo triunfe la verdad, pues está seguro de que su contrincante sólo busca la gloria de Cristo y no la suya propia⁷³. Al final le ruega que no lo empuje otra vez a ser “soldado a un viejo que está descansando y que antaño fue veterano. No me obligues a poner otra vez la vida sobre el tablero. Tú que eres joven y te hallas en la cumbre del pontificado, enseña a los pueblos y enriquece con nuevas cosechas de Africa las trojes de Roma. A mí me basta susurrar con un pobrecillo oyente o lector en un rincón de mi monasterio”⁷⁴. No sabía aquel humilde monje de

68. “...noluimus ergo, inmutare quod ab antiquis legebatur, quia idem sensus erat” (Ibid. n. 30).

69. “...et illud ab eruditissimis sciendum est propter notitiam Scripturarum. Unde si quid pro studio e latere additum est, non debet poni in corpore, ne prior translationem pro scribentium voluntate conturbet” (Ibid. n. 46).

70. “...sed et in hoc nulla est sensus mutatio et nos antiquam interpretationem sequentes, quos non nocebat mutare noluimus” (Ibid. n. 66).

71. Son las 56, 57 y 104 en el catálogo de las cartas de San Jerónimo que corresponden a las 28, 40 y 71 del epistolario agustiniano.

72. Cfr. *Epist.* 112, 1; PL 22, 916.

73. “Te quoque ipsum orare non dubit ut inter nos contententes veritas superet. Non enim tuam quaeris gloriam, sed Christi. Cumque tu vinceris, et ego vincam, si meum errorem intellexero: et e contrario me vincentem, tu superas; quia non filii parentibus, sed parentes filiis thesaurizant” (Ibid. n. 2).

74. “Peto in finem epistulae, ut quiescentem senem olimque veteranum militare non cogas, et rursus de vita periclitari. Tu qui iuvenis es, et in pon-

Belén que esos susurros resonarían con fuerza en todos los rincones del Orbe, dando con el tiempo una de las más ricas sementeras bíblicas de toda la Historia.

La carta está dictada con premura. Cipriano, el portador, tenía que volverse pronto y no podía esperar mucho tiempo. San Jerónimo desea que quien le ha entregado los escritos de Agustín, sea también el que lleve en mano su contestación⁷⁵. Casi toda la temática gira en torno al título de la obra de San Jerónimo sobre los varones ilustres y a su interpretación acerca del altercado en Antioquía entre San Pedro y San Pablo, que nos refiere la epístola a los Gálatas. De ahí que no sean muchas las referencias que el Doctor Máximo hace en esta carta sobre el modo de traducir. No obstante, hay algunos aspectos que, aunque no nuevos, vienen a confirmar lo que había expuesto en la epístola 57, ya estudiada.

Vuelve a insistir en la necesidad de salvar ante todo el sentido de aquello que se está traduciendo, cuya verdad importa más “que no el orden mismo de las palabras”⁷⁶. Esto puede parecer una contradicción con lo que dijo sobre el misterio que encierran en la Sagrada Escritura el mismo orden de las palabras. En realidad se trata más bien de un dato que ayuda a interpretar correctamente lo que dijo, para no caer, ni al traducir el texto inspirado, en un servilismo que por ajustarse a la letra encorsetase el contenido de la misma⁷⁷.

Manifiesta de nuevo su respeto, dentro de lo prudencial, hacia las viejas formas: “En cuanto a mí, no he tenido tanto empeño en abolir lo viejo que he trasladado del griego al latín para los hombres de mi época, cuanto en sacar a la luz pública los textos que han sido omitidos o corrompidos por los judíos, a fin de que los nuestros supieran lo que contiene la verdad hebraica”⁷⁸.

tificali culmine constitutus doceto populos et novis Africae frugibus Romana tecta locupleta. Mihi sufficit cum auditore vel lectore pauperculo in angulo monasterii susurrare” (Ibid. n. 22).

75. Cfr. o.c., n. 1.

76. “...quod intellegebamus, expressimus: sensus potius veritatem, quam verborum interdum conservantes” (Ibid. n. 19).

77. A este respecto nos parece interesante recordar lo que decía Fray Luis de León en el Prólogo a su *Exposición al Cantar de los cantares*: “El que traslada ha de ser fiel y cabal y, si fuera posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que los originales tienen sin limitarlas a su propio sentido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender toda la variedad de sentido a que da ocasión el original, si se leyere, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere”.

78. “Ego enim non tam vetera abolere conatus sum, quae linguae meae hominibus emendata de Graeco in Latinum transtuli, quam et testimonia

De todos modos San Agustín no acaba de aceptar ni de comprender el por qué de una nueva versión. Es curioso el razonamiento del Obispo de Hipona y el curioso modo de retorcer el argumento contra su contrincante que tiene Jerónimo. Dejemos que sea este mismo quien nos lo diga: "Dices también que no debía yo ponerme a traducir después que ya lo hicieron los antiguos, y te vales de un peregrino silogismo: Los Setenta tradujeron textos oscuros o claros. Si oscuros, es de creer que tú también puedes equivocarte. Si claros, es evidente que aquéllos no pudieron equivocarse. Te voy a responder con tu mismo argumento. Todos los autores antiguos que nos han precedido en el Señor y han interpretado las Escrituras han interpretado pasajes oscuros o claros. Si oscuros, ¿cómo te has atrevido a declarar lo que ellos no fueron capaces de exponer? Si claros, es superfluo que tú hayas querido explicar lo que a ellos no pudo ocultarse"⁷⁹. De seguir esa regla nadie se atrevería a decir nada más sobre la Sagrada Escritura.

Por otra parte, San Agustín acepta las correcciones que el Etridonense hizo al Nuevo Testamento, aduciendo que el valorarlas siempre resulta más fácil, pues más fácil es consultar la lengua griega que la hebrea. San Jerónimo comprende su dificultad pero le dice que si lo considera digno de confianza en la traducción del griego, también debe fiarse de él en la traducción del hebreo, pues si no engañó a nadie en la primera, por qué habría de hacerlo en la segunda. De todas formas siempre se puede acudir a un hebreo que le testifique la fidelidad de su traducción: "la misma integridad debieras haber supuesto también en el Antiguo Testamento, en el sentido de que no iba yo a inventar nada de mi cosecha, sino que trasladaría las palabras divinas tal como las halló en el texto hebreo"⁸⁰.

quae a Iudaeis praetermissa sunt vel corrupta, proferre in medium; ut scirent nostri quid hebraea veritas contineret" (*Epist.* 112, 20; PL 22, 928-929).

79. "Porro quod dicis non debuisset me interpretari post veteres et novo uteris syllogismo: aut obscura fuerunt quae interpretati sunt, aut manifesta. Si obscura, te quoque in eis falli potuisse credendum est. Si manifesta, illos in eis falli non potuisse, perspicuum est. Tuo tibi sermone respondeo. Omnes veteres tractores qui nos in Domino praecesserunt, et qui scripturas sanctas interpretati sunt, aut obscura interpretati sunt, aut manifesta. Si obscura, tu quomodo post eos ausus es disserere, quod illi explanare non potuerunt?" (*Ibid.*).

80. "...eamdem integritatem debueras etiam in veteri credere testamento, quod non nostra confiximus; sed ut apud Hebraeos invenimus, divina transulimus. Sicubi dubitas, Hebraeos interroga" (*Ibid.*).

Con el paso del tiempo iría deponiendo San Agustín su desconfianza frente a la versión jeronimiana del hebreo, para adherirse finalmente a ella de forma incondicional. En este sentido nos dice que “en nuestros días, Jerónimo, hombre de mucho saber y muy versado en las tres lenguas, ha traducido las Escrituras directamente del hebreo al latín. Los judíos reconocen que esta traducción es muy fiel y retienen que los Setenta se han equivocado en muchos puntos”⁸¹. Esta misma actitud manifiesta al escribir al mismo Jerónimo y decirle que le ha convencido sobre la utilidad de verter el Antiguo Testamento del hebreo, poniendo así de relieve lo que los judíos hayan podido suprimir o corromper⁸².

2.4. *Otros escritos del Estridonense*

Pasemos ahora a otros escritos suyos que aportan alguna idea en relación con las traducciones de la Biblia. Nos fijaremos, como dijimos, en algunos de los prefacios que preceden a sus versiones o comentarios. Hay que tener en cuenta, ante todo, las enormes dificultades que suponían los trabajos de traducir y comentar la Sagrada Escritura, cosa que de ordinario hace requerido y casi obligado por sus propios amigos, a quienes trata de complacer, aunque a veces se sienta desfallecer ante el gran peso de la tarea impuesta (“magnitudo oneris impositi”)⁸³.

En primer lugar, al hacer sus versiones, acude San Jerónimo a los textos originales. Lo mismo hace cuando se trata no de traducir sino simplemente de revisar una determinada versión⁸⁴: “En el Nuevo Testamento, siempre que surge entre los latinos una dificultad y hay variedad en los códices, recurrimos a la fuente del griego, en que está escrito el instrumento nuevo. De modo semejante, cuando respecto del Antiguo Testamento se dan discrepancias entre griegos y latinos, nos refugiamos en la verdad hebraica, de modo que lo que sale de la fuente tenemos que hallarlo en los riachuelos”⁸⁵.

81. “Quamvis non defuerit temporibus nostris presbiter Hieronymus, homo doctissimus, et omnium trium linguarum peritus; qui non ex Graeco, sed ex Hebraeo in Latinum eloquium easdem scripturas converterit” (*De civitate Dei*, XVII, 43; PL 41, 603).

82. Cfr. *Epist.* 82, 5; PL 22, 739.

83. Cfr. *Praef. in Neh.* PL 28, 1471.

84. Cfr. *Epist.* 71, 5; PL 22, 671.

85. “Sicut autem in novo testamento, si quando apud Latinos quaestio exoritur, et est inter exemplaria varietas, recurrimus ad fontem Graeci sermonis, quo novum scriptum est instrumentum, ita et in veteri testamento,

Está claro, por tanto, que para el Estridonense era fundamental tener delante el original si se quiere hacer una traducción fiel. Es interesante destacar que el mismo San Agustín, contrario en ocasiones a la traducción del hebreo, reconoce la necesidad de tener los originales para la comprensión adecuada de lo que el hagiógrafo dice: "Acontece que no se ve cuál sea el verdadero sentido de un mismo pasaje cuando muchos autores intentan darlo a conocer, según la capacidad y el discernimiento de cada uno, si no se coteja con el original la sentencia traducida por ellos; y muchas veces si el traductor no es doctísimo se aparta del sentido del autor; por esto es preciso recurrir a las lenguas de donde se tradujo al latín para conocer el sentido; o consultar las versiones de aquellos que se ciñeron más a la letra, no porque basten éstas, sino porque mediante ellas se descubrirá la verdad o el error de los otros, que al traducir prefirieron seguir el sentido que verter las palabras"⁸⁶.

Por la cercanía de San Agustín con San Jerónimo, vamos a fijarnos en otro pasaje del *De doctrina christiana* que habla de las traducciones de la Biblia y que se identifica con lo que el Estridonense enseña. Parte San Agustín del hecho de que quien ama a Dios busca con diligencia cuál es su voluntad, expresada de algún modo en la Escritura Sagrada. Es preciso, ante todo, ser humilde y alcanzar la mansedumbre por medio de la piedad para huir de toda contienda o polémica. Antes de abordar la tarea de traducir "fortifíquese con el conocimiento de las lenguas a fin de no vacilar en las palabras y expresiones desconocidas; prevéngase con la instrucción de ciertas cosas necesarias para no ignorar la fuerza de aquellas cosas que se dicen por vía de semejanza; y, finalmente, ayudado por la veracidad de los códices, que procurará depurar con diligencia, acérquese ya pertrechado de este modo a discutir y solucionar los pasajes ambiguos de las Santas Escrituras"⁸⁷.

Como se ve, uno y otro coinciden en la importancia del conocimiento de las lenguas originales. Este conocimiento es ciertamente árduo y bien lo experimentó San Jerónimo que encontró en este estudio una fuente continua de sacrificios, especialmente por lo que respecta al hebreo: "Cuánto trabajo consumí en mi empresa, cuántas dificultades hube de vencer, cuántas veces desesperé y lo

si quando inter Graecos Latinosque diversitas est, ad Hebraicam confugimus veritatem; ut quidquid de fonte profiscitur, hoc quaeremus in rivulis" (*Epist.* 106, 2; PL 22, 838).

86. *De doctr. christiana*, 2, 13; PL 34, 44.

87. O. c., 3, 1, 1.

dejé todo... y otra vez, por mi porfía de aprender, volví a empezar, lo sabe bien mi conciencia por haber pasado por ello, y lo saben también los que vivían conmigo. Pero ahora doy gracias a Dios por recoger de una semilla amarga, los dulces frutos del saber”⁸⁸. Se buscó un profesor hebreo de nacimiento, un tal Baranina que, como hizo Nicodemo, venía a escondidas y de noche para dar clases al monje de Belén⁸⁹. Sólo Dios sabe, dice, cuántos sudores me costó el conocimiento del hebreo⁹⁰. Es tanto el tedio y aburrimiento que a veces siente que casi se desesperara y a punto está de dejarlo todo, dispuesto a perder el terreno ya conquistado⁹¹. Es además, un trabajo continuo pues si uno abandona el hebreo, éste también nos abandona a nosotros⁹².

Por otro lado, San Jerónimo considera que los códices que contienen los originales han de ser fiables. Después de procurar con empeño su adquisición⁹³, pasa a expurgarlos con esmero. Su integridad textual es lo que más importa y no su presentación externa más o menos buena. Por eso se burla de quienes prefieren el lujo de la presentación a la pureza del texto⁹⁴. Sobre la corrupción de los textos dice Jerónimo que Job yacía aún en el estiércol y entre gusanos del error, a causa de las deficiencias de las versiones latinas: “Lo mismo que después de la prueba y la victoria Job recibió el doble de cuanto poseía, del mismo modo le devolví cuanto antes poseía, aunque el decir esto sea una audacia por mi parte”⁹⁵.

En una de las cartas a Pammaquio se vuelve a referir a la versión de Job, e invita a su discípulo a que compare la antigua versión con la nueva que él ha hecho y pueda así descubrir la distancia que existe entre la verdad y la mentira⁹⁶. También en el prefacio al libro de las Crónicas habla de las corrupciones que se observan en algunos códices. En el caso de la versión de Judit, antes de traducir, tuvo que unificar “la viciosísima variedad de los có-

88. “Quid ibi laboris insumpserim, quid sustinuerim difficultatis, quotiens desperaverim quotiensque cessaverim et contentione discendi rursus inceperim, testis est conscientia tam mea, qui passus sum, quam eorum, qui mecum duxere vitam. Et gratias ago Domino, quod de amaro semine litterarum dulces fructus capio” (*Epist.* 125, 12; PL 22, 1079).

89. Cfr. *Epist.* 84, 3; PL 22, 745.

90. Cfr. *Praef. in Is*; PL 28, 828.

91. Cfr. *Praef. in Dan*; PL 28, 1358.

92. Cfr. *Epist.* 108, 25; PL 22, 902.

93. Cfr. *Epist.* 36, 1; PL 22, 452. *Epist.* 32, 1; PL 2, 446.

94. Cfr. *Praef. in Job*; PL 28, 1142.

95. “Quomodo enim probatione atque victoria, dupliciter universa ei sunt reddita: ita ego in lingua nostra, ut audacter loquar, feci eum habere quae amiserat” (*Praef. in Job*; PL 29, 64).

96. Cfr. *Epist.* 48, 4; PL 22, 496.

dices”⁹⁷. El tiempo y el talante de los copistas hacen que los errores se vayan introduciendo de modo casi irremediable⁹⁸.

Pero todas esas dificultades son relativamente llevaderas si se comparan con los inconvenientes y sufrimientos que acarrearán las incomprensiones y críticas de los enemigos del Estridonense, que “estiman —nos dice— reprobable cuanto escribimos y en ocasiones, en contra de la propia conciencia, desacreditan públicamente lo que de modo oculto leyeran. Es tanto lo que esto supone para mí, que me veo obligado a exclamar: Señor, libra mi alma de los labios inicuos y de la lengua engañosa”⁹⁹.

En otra ocasión explica que si se hubiera dedicado a tejer juncos u hojas de palma para comer el pan con el sudor de su frente, preocupándose sólo del propio sustento, quizá entonces nadie le hubiera criticado ni herido. Pero por haberse preocupado por el alimento que no perece, y tratar de depurar los libros sacros, le llaman falsario, que en lugar de quitar los errores los añade¹⁰⁰. Quizá sería mejor, dice también Jerónimo, guardar silencio que no provocar a diario con mis escritos la necesidad de los envidiosos¹⁰¹.

Pero las dificultades no arredran a este infatigable luchador y, contra viento y marea, prosigue la árdua labor emprendida, que constituye el porqué de su vida entera. Los criterios que apuntamos en las cartas ya estudiadas, decíamos, se repiten una y otra vez, mostrando así la firmeza y convicción de sus principios.

Lo importante es, ante todo, desentrañar el sentido del texto a traducir, aunque procurando, dentro de lo posible, no quitar ni añadir nada. Cuando el sentido no sea fácil de entender hay que recurrir a notas marginales¹⁰². Invita a seguir el texto palabra por palabra para que se vea cómo, salvando el sentido, ha intentado ceñirse al original¹⁰³. Si alguno piensa que no fue correcta su versión deberá probarlo con los textos originales¹⁰⁴. “No somos tan

97. “Multorum codicum varietatem vitiosissimam amputavi: sola ea, quae intelligentia integra in verbis Chaldeis invenire potui, Latinis expressi” (*Praef. in Judith*; PL 29, 41).

98. Cfr. *Epist.* 27, 1; PL 22, 431. *Epist.* 106, 2; PL 22, 838.

99. “Accedunt ad hoc invidiorum studia, qui omne quod scribimus, reprehendendum putant: et interdum contra se conscientia repugnante quae occulte legunt, in tantum ut clamare compellar et dicere: Domine, libera animam meam a labiis iniquis, et a lingua dolosa” (*Praef. in Neh.* 28, 1471).

100. Cfr. *Praef. in Job*; PL 29, 63).

101. Cfr. *Praef. in Jer.* PL 28, 904.

102. Cfr. *Praef. in Is.* PL 28, 828.

103. Cfr. *Praef. in Est.* PL 28, 1505.

104. Cfr. *Epist.* 49, 14; PL 22, 504.

obtusos de corazón —dice también— que como brutos animales atendamos sólo al sonido de las palabras y no a lo que ellas significan”¹⁰⁵.

Otra de las preocupaciones del autor de la Vulgata es el estilo que, ante todo, ha de ser útil para los lectores, para la Iglesia¹⁰⁶, dentro de un lenguaje puro y fiel¹⁰⁷. A fin de conseguirlo procura hacerse entender utilizando “un lenguaje sencillo, semejante al que se usa de ordinario, sin olor a elucubración; un lenguaje que explique las cosas, que aclare el sentido, que ilumine lo que es oscuro y que no se pierda en la fronda intrincada de las palabras. Que otros busquen la elocuencia y sean alabados según su deseo, ahuequen la voz y declamen espumeantes palabras. A mí me basta con hablar de forma inteligible, y puesto que trato de las Escrituras, quiero imitar la sencillez de las Escrituras”¹⁰⁸.

En el mismo sentido se pronuncia cuando escribe a Teófilo, a quien dice que si se emplean sentencias ambiguas se puede no condenar lo ajeno y defender lo propio a un tiempo. “Pero la fe íntegra y la profesión abierta de la misma cosa no busca recovecos ni argucias de palabras. Lo que se cree con sencillez, con sencillez se ha de confesar”¹⁰⁹.

Se acusa con frecuencia a San Jerónimo, por parte de sus adversarios, de ser un innovador. Acusación que de manera especial duele a nuestro autor. Así en el prefacio al Pentateuco se lamenta que digan de él que inventa nuevas formas, en lugar de usar las antiguas y ya consagradas, cuando es consciente de ese mal y trata de evitarlo expresamente: “Ante todo —dice— que se sepa, como he dicho muchas veces, que no trato de crear nuevos términos

105. “...nec ita obtunsi cordis, ut instar brutorum animalium, verborum tantum sonum et non sententias audiamus” (*Epist.* 82, 9; PL 22, 741).

106. Cfr. *Praef. in Is.*; PL 28, 828. *Praef. in Dan.*; PL 28, 1357s. Sobre esta importante cuestión son muy parecidas las ideas que aporta San Agustín cuando dice: “Sic potius loquamur: melius est reprehendant nos grammatici, quam non intelligant populi” (*In Ps* 138, 20; PL 37, 1796).

107. Cfr. *Praef. in Job.*; PL 28, 1140-1141.

108. “Pedestris et cotidianae similis et nullam locubrationem redolens oratio necessaria est, quae rem explicet, sensum edisserat, obscura manifestet, non quae verborum compositione frondescat. Sint alii disertí, laudentur uti volunt, et inflatis buccis spumantia verba trutinentur: mihi sufficit sic loqui ut intelligat, et ut de scripturis disputans scripturarum imiter simplicitatem” (*Epist.* 36, 14; PL 22, 458).

109. “Sed fides pura et aperta confessio non quaerit strophas et argumenta verborum. Quod simpliciter creditur, simpliciter confitendum est” (*Epist.* 82, 5; PL, 22, 739).

que modifiquen los antiguos, como me achacan mis amigos..."¹¹⁰. Al Papa San Dámaso le explica cómo, para no apartarse de la verdad habitual, procuró moderar su pluma y modificar sólo aquellas palabras o expresiones que cambiaran realmente el sentido de los originales, dejando todo lo demás tal como estaba¹¹¹.

Otro aspecto capital en el quehacer del Doctor Máximo es la clara conciencia que tiene de estar realizando una tarea teológica, en la que es imprescindible contar con la ayuda de lo alto. Así, pues, cada vez que trata de atender alguna de las peticiones que le hacen respecto a la Sagrada Escritura, ruega que como contra-prestación le ayuden con sus oraciones, de tal modo que pueda traducir los libros sagrados "con el mismo espíritu con que fueron escritos"¹¹². Por supuesto que San Jerónimo no pide que se le confiera el carisma de la inspiración divina, pero sí suplica el don de conservar en sus palabras la misma unción y el mismo fuego que late en los textos sagrados¹¹³.

En una epístola a Paulino, recuerda el Estridonense cómo el eunuco de la reina de Candace no entendía el sentido de lo que iba leyendo. Jesucristo, sin embargo, estaba presente en aquel texto que el pagano leía; pero estaba prisionero y fue preciso que Dios, por medio del diácono Felipe, le hiciera comprender quién era aquel manso cordero que caminaba a su inmolación sin la menor resistencia. Con esto —continúa Jerónimo— quiero "hacer ver que sin un guía que vaya delante mostrándote el camino, no puedes introducirte en las Escrituras Santas"¹¹⁴.

110. "Et ut in primis, quod saepe testatus sum, sciat me non in reprehensionem veterum nova cudere, sicut amici mei criminantur..." (*Praef. in Jos.* PL 28, 505).

111. Cfr. *Praef. ad Damasum*; PL 29, 559.

112. "Nunc te precor, Desideri carissime, ut me, quia tantum opus me subire fecisti, et a Genesi exordium capere, orationibus iuves: quo possim eodem spiritu quo scripti sunt libri, in Latinum eos transferre sermones" (*Praef. in Pentateucum*; PL 28, 184).

113. Con relación a este punto transcribo un párrafo de Melchor Cano que da la clave, a mi entender, de lo que quiere decir el Estridonense: "Magnus error eorum est, qui sine Spiritus Sancti peculiari dono Scripturam Sacram existimant se posse vel intelligere vel interpretari. Quod utique donum quanto magis Sacris Litteris intelligendis atque interpretandis opus est, tanto rarius difficilisque contingit. Nam eruditionem, verborum copiam, multarum linguarum peritiam hominum diligentia praestat. At si spiritus quidem peculiaris, non tam ob ipsius qui percipit quam ob Ecclesiae utilitatem, gratuita Dei miseratione donatum Sacrorum Librorum interpretati desit, ieiunia erunt et frigida omnia, quamlibet elaborata et diu ante excogitata et inventa fuerint; imo falsa erunt in interpretatione pleraque humano sensu intelligentiamque traducta" (*De locis Theologicis*, Madrid 1971, II, 14, 353).

114. "...ut ne intellegeres te in scripturis sanctis sine praevio et mostrante semitam non posse ingredi" (*Epist.* 53, 6; PL 22, 543s). Por su estrecha

Por la paridad de doctrina volvemos a citar a San Agustín que, si en otras cuestiones difería del Estridonense, en esto se nos presenta plenamente de acuerdo: "Los libros divinos son de tal naturaleza, que no bastan las leyes de la hermenéutica para ilustrar la oscuridad religiosa en que están envueltas, sino que se requiere la acción de la Iglesia como guía y maestra puesta por Dios; finalmente, hay que tener presente que no se puede encontrar fuera de la Iglesia el legítimo sentido de la Divina Escritura, ni puede ser dado por aquellos que han repudiado su magisterio y autoridad"¹¹⁵.

San Jerónimo tiene siempre en cuenta el carácter único de la Escritura Santa y se adentra en ella con temor y profundo respeto, con una clara visión de fe, consciente de que, en definitiva, no es la ciencia sino la gracia divina quien abre los sellos del libro santo: "¡Cuántos hoy creen saber leer y tienen en las manos un libro sellado, que no pueden abrir, si no lo abre 'el que tiene la llave de David, y abre y nadie cierra, cierra y nadie abre'"¹¹⁶.

A veces es difícil dar con la fuente sellada, entrar en el huerto cerrado. Ante esta dificultad, Jerónimo determina "consultar a la cátedra de Pedro, a la fe que fue alabada por boca del apóstol. Allí vengo ahora a pedir mantenimiento para mi alma, donde en otro tiempo recibí la vestidura de Cristo. Ni la inmensidad del líquido elemento ni la distancia de tierra que nos separa han podido impedirme buscar la margarita preciosa: 'Donde estuviere el cuerpo allí se juntarán también las águilas'. Malbaratada por una mala prole la hacienda paterna, sólo entre vosotros se conserva incorrupta la herencia paterna. Ahí, con feraces terrones, el suelo reproduce, a ciento por uno, la pureza de la semilla del Señor; aquí el trigo, soterrado en los surcos, degenera en vallico y avena loca. Ahora el sol de justicia nace en Occidente..."¹¹⁷.

conexión con esta enseñanza de San Jerónimo citamos unas palabras de León XIII en la *Providentissimus Deus*: Neque enim eorum ratio librorum similis atque communium putanda est, quoniam sunt ab ipso Spiritu Sancto dictati, resque gravissimas continent multisque partibus reconditas et difficiliore, ad illas propterea intelligendas exponendasque semper eiusdem Spiritus 'indigemus adventu' (S. JERÓNIMO, *In Mich.* 1, 10; PL 25, 1159) hoc est lumine et gratia eius: quae sane, ut divini Psaltae frequenter instat auctoritas, humili sunt precatione imploranda, sanctimonia vitae custodienda" (EB 89).

115. *De doctr. christiana*, 3, 37; PL 34, 89.

116. "Quanti hodie putantes se nosse litteras tenent signatum librum nec aperire possunt, nisi ille reseraverit 'qui habet clavem David, qui aperit et nemo claudit, qui claudit et nemo aperit'" (*Epist.* 53, 5; PL 22, 543).

117. "ideo mihi cathedram Petri et fidem apostolico ore laudatam censi consulendam, inde nunc meae animae postulans cibus unde olim Christi

Más adelante, en esta misma epístola, sigue manifestando su fe profunda en el magisterio del Sumo Pontífice, en el Vicario de Cristo como Cabeza de la Iglesia, intérprete auténtica y única de la Verdad. "Así, pues, aunque es cierto que tu grandeza me atemoriza, también lo es que tu humanidad me atrae. Víctima, pido la salud del sacerdote; oveja, espero la protección del pastor. Retroceda la envidia, aléjese la ambición de la cumbre romana. Yo hablo con el sucesor del pescador, con el discípulo de la Cruz. Yo, que no reconozco otra primacía que la de Cristo, mediante la comunión me uno a tu beatitud, es decir, a la cátedra de Pedro. Sobre esa roca sé que está edificada la Iglesia. Quien comiere fuera de esta casa el cordero, es profano. Todo el que no estuviere, durante el diluvio, en el arca de Noé, perecerá" ¹¹⁸.

Esta carta que acabamos de citar es una de las primeras de su extenso epistolario. Refleja, pues, una actitud que data de muy antiguo en su vida. Eran entonces momentos difíciles para él. Por eso vuelve con ansiedad sus ojos hacia Roma, esperando encontrar allí la luz de la Verdad, la solución para la zozobra que le embarga. Son los primeros tiempos de su vida monástica en la que a los encantos del yermo, tan bellamente cantados en la epístola catorce, suceden los hechos dolorosos que le recuerdan lo que decía Horacio: "caelum non animum mutat qui transmare currit" ¹¹⁹.

La soledad en que se refugió buscando la intimidad y el silencio para su vida interior se convierte pronto en avispero de pasiones y en rencillas monacales. Antioquía estaba dividida en la fe y las banderías llegaban hasta los monjes de Calcis, donde Jerónimo se iniciaba en el monacato. Cuatro Obispos, cada uno por su parte, pretende ser el representante de la ortodoxia y estar en

vestimenta suscepi. Neque vero tanta vastitas liquentis elementi et interiacens longitudo terrarum me a pretiosae margaritae potuit inquisitione prohibere. 'Ubicumque fuerit corpus, illuc congragabuntur et aquilae'. Profligato a subole mala patrimonio apud vos solos incorrupta patrum servatur hereditas. Ibi caespites terra fecundo dominici seminis puritatem centeno fructu refert, hic obruta sulcis frumenta in lolium avenasque degenerant. Nunc in occidente sol iustitiae oritur...' (*Epist. 15, 1; PL 22, 355*).

118. "Quamquam igitur tui me terreat magnitudo, tamen invitat humanitas. A sacerdote victima salutem, a pastore praesidium ovis flagito. Facessat invidia, Romani culminis recedat ambitio: cum successore piscatoris et discipulo crucis loquor. Ego nullum primum nisi Christum sequens beatitudini tuae, id est cathedrae Petri, communionem consocior. Super illam petram aedificatam ecclesiam scio. Quicumque extra hanc domum agnum comederit, profanus est. Si quis Noe arca non fuerit, periet regnante diluvio" (*Epist. 53, 2; PL 22, 541*).

119. *Epist. I, 11, 27*.

la Iglesia verdadera. Los cuatro se disputan la adhesión de Jerónimo que, envuelto en esta situación penosa, recurre al Papa San Dámaso, Obispo de Roma, con dos cartas que son un testimonio de gran valor respecto a la doctrina del Primado petrino: "El Oriente, al chocar con viejo furor los pueblos entre sí, está desgarrando minuciosamente, trozo a trozo, la túnica indivisa del Señor, tejida de arriba abajo. De ahí mi determinación de consultar la cátedra de Pedro..."¹²⁰. Después de manifestar su postura, exposición certera del dogma trinitario, suplica al Romano Pontífice que diga su última palabra sobre aquel engorroso asunto, para determinar con quién "ha de estar en comunión en Antioquía"¹²¹.

Ante la tardanza en contestar San Dámaso, el autor de la Vulgata vuelve a insistir y muestra, una vez más, la importancia decisiva que para él tiene la voz de Roma a la hora de saber, como dijo San Pablo, "si corría o había corrido en vano"¹²². En esta epístola se vuelve a quejar de que el enemigo, incansable, no deja de perseguirlo, "de suerte —exclama— que sufro ahora en la soledad una guerra más cruda. De un lado me enfurece aquí el furor arriano sostenido por los poderes del mundo; de otra la Iglesia está escindida en tres facciones y cada una tiene empeño en atraerme a sí. La antigua autoridad de los monjes que moran en los contornos se levanta contra mí. Yo entretanto no ceso de clamar: 'El que se adhiera a la cátedra de Pedro es de los míos'. Melecio, Vital y Paulino dicen estar junto a ti. Yo lo podría creer si fuera uno sólo el que lo dijese; mas ahora, o mienten dos o mienten todos"¹²³. Ante estas circunstancias la única salida que ve San Jeró-

120. "Quoniam vetusto oriens inter se populorum furore conlisus indiscissam Domini tunicam et desuper textam minutatim per frusta discerpit et Christi vineam exterminat vulpes ut, inter lacus contritos qui aquam non habent, difficile ubi fons signatus et hortus ille conclusus sit possit intelligi, ideo mihi cathedram Petri et fidem apostolico ore laudatam censui consulendam..." (*Epist. 15, 1; PL 22, 355*).

121. "Simul etiam cui apud Antiochiam debeam communicare significes..." (*Ibid. n. 5*).

122. Gal. 2,2.

123. "...ita me incessabilis inimicus postergum secutus est ut maiora in solitudine bella nunc patiar. Hinc enim praesidiis fulta mundi. Arriana rabies fremit; hinc in tres partes scissa ecclesia ad se rapere festinat. Monachorum circa commanentium antiqua in me surgit auctoritas. Ego interim clamito: 'si quis cathedram Petri iungitur, meus est'. Meletius, Vitalis atque Paulinus tibi haerere se dicunt: possem credere, si hoc unus adsereret; nunc aut duo mentiuntur aut omnes. Idcirco obtestor beatitudinem tuam per crucem Domini, per necessarium fidei nostrae decus, passionem: ita qui apostolos honore sequeris sequaris et merito, ita in solio cum duodecim iudicaturis sedeas, ita te alius senem cum Petro consequaris, ut mihi litteris tuis

nimo es que el Sumo Pontífice decida lo que ha de hacer. Después de desear que Dámaso siga a los Apóstoles en méritos lo mismo que los sigue en dignidad, que se siente además en un trono para juzgar junto con los Doce, que como Pedro otro lo ciña en su ancianidad y como Pablo logre la ciudadanía del Cielo, Jerónimo le conjura por la Pasión y Cruz de Cristo para que le indique con quién ha de estar.

Es evidente, por tanto, que el Doctor Máximo no considera suficiente toda su ciencia para estar seguro de su propia postura como intérprete de la Revelación divina, es consciente de que el estudioso no tiene la última palabra, que sólo corresponde, en definitiva, a quien es el Vicario de Cristo en la tierra.

3. CONCLUSIONES

Se impone el intento de sintetizar, dentro de lo posible, los principios que se desprenden de los escritos que hemos recorrido de forma somera. Es cierto que en toda interpretación y selección de textos se incurre, sin quererlo casi, en una visión personal y quizá bastante subjetiva. De todas formas creo que cada una de estas reflexiones finales tienen su apoyatura en algún escrito del Doctor Máximo.

3.1. *Importancia de los originales*¹²⁴.

La "verdad hebraica", dice con frecuencia el autor de la Vulgata, es firme refugio cuando aparecen las dudas ante los diferentes textos griegos o latinos del Antiguo Testamento. Es curioso, sin embargo, que la versión de los Salmos que progresó entre los cristianos, la llamada Galicana, la hiciese el Estridonense sobre la versión griega de los LXX. No obstante, consecuente con su propia estima por los originales, hizo otra versión latina de los Salmos partiendo del texto hebreo.

Respecto a la revisión y unificación que hizo de las versiones en uso del Nuevo Testamento, nos consta que recurrió con frecuencia a los códices que contenían la versión original griega de los escritos neotestamentarios. Considera que esos originales son real-

apud quem in Syria debeam communicare significes. Noli despiciere animam pro qua Christus est mortuus" (*Epist. 16, 2*; PL 358).

124. Cfr. supra p. 904, 905, 910, 911 y 914.

mente la fuente y las demás versiones como riachuelos que brotan de ella.

Precisamente por el valor que dio a los textos originales tuvo el empeño de conocer, hasta dominarla, tanto la lengua griega como la hebrea. Con la lengua helénica San Jerónimo no tuvo gran dificultad, aficionado como era desde su juventud a la literatura de los clásicos griegos. En cambio, en relación con el hebreo tuvo que estudiar durante toda su vida con grandes sacrificios por su parte. Cuando habla del período inicial de aprendizaje, sus palabras están cargadas de pesadumbre y de duros recuerdos, aunque el resultado obtenido bien compensó el esfuerzo sobrehumano que hubo de hacer para dominar el hebreo.

Esto, sin embargo, no era suficiente. También los textos originales hubieron de ser copiados una y otra vez a lo largo del tiempo, es decir, tuvieron que sufrir el paso lerdado del hombre que, en ocasiones, cuando realiza una copia se salta una o varias líneas, suprime palabras o las modifica, hasta el punto de copiar a veces lo contrario de lo que tiene delante. Jerónimo es consciente de esta realidad y se preocupa seriamente de expurgar los códices que llegan a sus manos, para librarlos de las corruptelas introducidas por la distracción de algún que otro adormilado copista (“vitium librarii dormitantis”).

3.2. *Elegante dicción*¹²⁵

San Jerónimo no es ajeno a las exigencias de una sana estética literaria. En multitud de ocasiones aduce como motivo de una determinada traducción una razón de cacofonía. Al traducir, nos dice, se preocupa de conservar la gracia y el donaire de los textos originales. Es consciente de la tremenda dificultad que ello entraña, sobre todo cuando se trata de traducir escritos poéticos. El Estridonense supo hacerlo, familiarizado como estaba con buenas traducciones de autores clásicos, discípulo como se presenta de Cicerón y conocedor de la “Ars poética” de Horacio.

Nuestro autor huye siempre que le es posible de lo que él llama *κακοζηλίαν*, disonancia o estridencia verbal. Por esta razón suprime a veces una palabra por otra, aunque no sea literalmente igual, recogiendo así con más elegancia el sentido primigenio.

A menudo trata de evitar la redundancia, lo mismo que el tono iterativo que presenta con frecuencia el texto original de algunos

125. Cfr. supra p. 905, 906 y 914.

hagiógrafos. Así no repara en traducir con diversos términos latinos una misma palabra hebrea. Como muestra podemos decir que el ויאמר del primer capítulo del Génesis lo traduce unas veces por “et dixit”, o por “dixitque”, o por “et ait”, o por “dixit quoque”, o por “dixit etiam”.

No obstante, la elegancia del buen decir es sacrificada por el Estridonense, cuando es preciso por razones de mayor claridad o sencillez de la frase. San Jerónimo, lo mismo que San Agustín, andan más preocupados de la utilidad de sus lectores que de la opinión de los gramáticos. Las Escrituras, dice el Doctor Máximo, son documentos escritos con sencillez y con sencillez han de ser traducidos y explicados. Que busquen otros la elocuencia —dice en algún momento—, que obtengan ellos el aplauso de la galería. A él le basta con ser entendido. Su lenguaje huye de elucubraciones, trata de explicar y no de enmarañar, de aclarar y no de sorprender.

3.3. *Desentrañar el sentido* ¹²⁶

Para Jerónimo es fundamental en una buena versión transmitir el sentido de los que dice el texto traducido. Lo contrario equivaldría a comunicar algo artificioso y vacío de contenido. Por eso aboga abiertamente por una traducción según el sentido y no meramente literal. Es cierto que en el caso de una traducción cualquiera el traductor se puede mover con más libertad que cuando se trata de una traducción de la Sagrada Escritura. Sin embargo, aun en ese caso no se puede caer en un literalismo excesivo que sofoque las ideas y oscurezca la doctrina. El Estridonense, al traducir los textos inspirados, adopta una vía media entre una libertad respecto del texto traducido y un ceñirse estrechamente a la letra. En esa vía media predomina, no obstante, la claridad del sentido sobre el literalismo. En alguna ocasión proclama que no hay que perderse en una torturada búsqueda de palabras, siempre que quede a salvo el sentido.

En un momento afirma que las Escrituras encierran un misterio hasta en el orden mismo de sus palabras; pero más tarde defiende que lo importante en todo caso es salvar el sentido y no el orden mismo de las palabras. Lo cual no es en sí una contradicción, aunque lo parezca a simple vista. Sencillamente se trata de guardar la fidelidad más estricta al texto, pero salvando siempre que sea posible su sentido.

126. Cfr. supra p. 899-902, 904, 905, 908, 913 y 915.

A veces esto no es posible, en efecto. Entonces el Estridonense sacrifica el sentido por la letra. Es decir, traduce literalmente, aunque se dé cuenta que lo escrito no tiene quizá sentido. Entonces, en lugar de hacer una paráfrasis en el mismo texto, recurre a notas marginales que expliquen con amplitud el pasaje oscuro o difícil de entender. En alguna ocasión, según refiere él mismo un tanto enojado, alguna de esas notas aclaratorias fue tan del gusto del copista que, sin el menor reparo, la insertó en el texto mismo que, desde luego, quedaba más claro, pero menos fiel al original, en contra de la voluntad e intención del Estridonense.

El texto inspirado es a veces intrincado. Cristo Jesús está apisionado en la fronda de las palabras. Es necesario, como el eunuco de Candace, tener cerca alguien que explique y descubra la presencia inefable del Señor detrás de cada perícopa bíblica.

3.4. *Continuidad y armonía* ¹²⁷

Para moderar la variedad múltiple de versiones, que es lo mismo que decir de interpretaciones de la Biblia, convendría tener presente la indicación de Pablo VI, refrendada por Juan Pablo II en la *Scripturarum thesaurus*, de tomar como “base segura para los estudios bíblicos” la versión oficial de la Iglesia, en este caso la Neovulgata. Lo cual no significa olvidarse de los originales y permite, si es preciso, diferir de dicho texto latino cuando haya razones de peso para hacerlo.

Es verdad que resulta utópico pretender, o mejor dicho conseguir, una sola y única versión vernácula de la Biblia para cada nación o para cada lengua. Pero también lo es que el afán de originalidad o el deseo de actualizar a toda costa el lenguaje de las versiones bíblicas pueda conducir, y de hecho conduce en algunos países, a un espectáculo de variedades que van en detrimento de la comprensión y uniformidad del texto bíblico.

En todo caso es evidente que San Jerónimo huyó siempre de la novedad y que nunca pretendió, aunque le acusaron de ello, conseguir algo original y distinto de lo que ya existía. Lo cual no quiere decir —alguno quizá lo haya pensado— que se trate de utilizar a la hora de traducir la Biblia un estilo decimonónico o desvaído, sin la garra y el vigor suficientes para que el hombre de hoy sintonice y vibre con la palabra divina.

127. Cfr. supra p. 895-897, 907, 908 y 914.

Hemos de recordar que la palabra inspirada encierra la revelación de Dios. Por este supremo motivo la Iglesia, a través de siglos, ha ido acuñando a golpe de cincel determinados términos que expresan con precisión y claridad un determinado concepto teológico, difícil quizá de ser captado. De ahí que resulte casi una barbarie derribar lo que tanto tiempo y esfuerzo ha costado, para sustituirlo por otro término que tendrá que resistir aún el paso de los años antes de ser admitido como definitivamente bueno. Es sintomático que algunas versiones de última hora modifiquen su propio texto en las sucesivas ediciones, en muchos casos para volver quizá al vocablo más usado.

3.5. *Ardua tarea* ¹²⁸

Ante estas consideraciones, en especial las que han precedido, se pudiera pensar que uno no se da cuenta de la dificultad que supone traducir la Biblia, sobre todo haciéndolo en clave inteligible para el hombre de nuestro tiempo. Sin embargo, uno entiende por personal experiencia que se trata de un trabajo lento y a menudo penoso. No, a nadie se le escapa la grave dificultad que entraña la traducción de los libros sagrados. Aunque sólo fuera por la responsabilidad que ello implica, y por las consecuencias que de una versión bíblica pueden derivar, las palabras de San Jerónimo sobre la magnitud, la carga impuesta (“magnitudo oneris impositi”) estarían justificadas.

Es sintomático a este respecto que el último documento oficial de la Pontificia Comisión Bíblica, la Instrucción *Sancta Mater Ecclesia* hable del “incansable esfuerzo” y de la “ardua tarea” al referirse al estudio de la Escritura. Para desagravio y aliento cita dos pasajes de la *Divino Afflante Spiritu* y de la *Spiritus Paraclitus* que, al mismo tiempo, denotan que el mal persiste: “Recuerden todos los hijos de la Iglesia que están obligados a juzgar no sólo con justicia, sino también con suma caridad los esfuerzos y las fatigas de estos valerosos obreros de la viña del Señor, pues incluso intérpretes de fama notoria, como el mismo San Jerónimo, solamente consiguieron un éxito relativo en sus tentativas de resolver las cuestiones de mayor dificultad” ¹²⁹.

Es, en efecto, muy arduo el trabajo de desentrañar el sentido genuino de los originales hebreos y griegos, a menudo tan distan-

128. Cfr. supra p. 898, 899, 912 y 913.

129. Cfr. EB 564 y 451.

te de nuestra mentalidad e idiosincrasia. Pero resulta más arduo aún abrirse paso entre esas críticas de que con frecuencia habla el autor de la Vulgata. No obstante, eso no puede ser óbice ni coartada para abandonar el tajo. Todo eso no es más que, según conocida metáfora de nuestro autor, el amargor de la cáscara del fruto, cuya dulzura compensa con creces los más grandes sinsabores.

Por otra parte, San Jerónimo nos enseña a permanecer serenos y constantes en la lucha. El Estridonense cuenta con todo eso antes de comenzar su trabajo y ello no le arredra sino que lo curte, hasta convertirlo en un veterano luchador. Como decía a uno de sus interlocutores, el Obispo de Hipona, lo importante no es vencer en la pugna sino lograr que brille el esplendor de la Verdad. Así nunca pesa la propia derrota y siempre triunfa quien, en definitiva, debe triunfar: Jesucristo, Señor nuestro.

3.6. *Mirar a Roma* ¹³⁰

Los tres momentos que señalábamos al principio de este artículo, tienen entre sí otra circunstancia común, aparte de la ya señalada de una profusión de versiones bíblicas. Esa circunstancia es la de ser una época de revuelos ideológicos en el campo de la fe. O tiempos de confusionismo religioso, si queremos decirlo de otra forma; o más claro aún, momentos de herejías en ciernes o abiertamente declaradas.

En efecto, cuando Jerónimo comienza a revisar y a unificar las numerosas versiones latinas entonces al uso, corrían los años ochenta del s. iv ¹³¹. En esos años el arrianismo estaba en plena efervescencia por algunos lugares; también florecían los herejes macedonianos, apolinaristas, priscilianistas y donatistas. El año 381 se celebraba el Concilio Ecuménico de Constantinopla.

Los años de Trento fueron, sin duda, más penosos si hacemos un balance sobre la fidelidad a la fe apostólica. Son momentos en los que se desgajan del árbol de la Iglesia Católica dos de sus más frondosas ramas, la de los anglicanos y la de los protestantes. En este tiempo la túnica inconsutil de Cristo recibe el más grande desgarrón de su azarosa historia. Millones de creyentes se dispersan como rebaños sin pastor. También entonces la Iglesia

130. Cfr. supra p. 916-918.

131. Cfr. A. VACCARI, *Institutiones Biblicas*, Roma 1951, p. 320.

celebra un Concilio Ecuménico que había de traer la paz y el sosiego a los atribulados creyentes.

Nuestros días carecen, por así decir, de historia. La perspectiva sólo se logra con la distancia y habrá que esperar aún algunos años para poder contemplar con todo su rico relieve los turbulentos y apasionantes tiempos que nos han tocado vivir. Es cierto que hoy no se puede hablar propiamente de herejías, ya que para ello sería preciso que la Iglesia las considerase expresamente como tales. Tampoco hoy se da claramente un cisma verdadero, al menos de la magnitud y trascendencia que en tiempos pasados. Pero de todas formas, son momentos de cierto confusionismo.

Sin caer en tremendismos, hemos de ser realistas y reconocer que en ocasiones las aguas se han desbordado y discurrido turbias por cauces ajenos a la ortodoxia. Si no idéntica a las dos primeras épocas, la nuestra tiene en verdad cierto parecido con ellas. De aquí que quizá cabe apuntar que la solución ha de venir por el mismo camino y del mismo lugar: de Roma, del Magisterio Supremo de la Iglesia. Por disposición divina es la Jerarquía, los Obispos en comunión con el Sumo Pontífice, quien ostenta con pleno derecho el "munus docendi" por antonomasia. Como hizo Jerónimo es preciso mirar a Roma y aceptar sus luces secundándola con espíritu de fe y obediencia. Sólo sobre la piedra de fundamento que Cristo colocó podremos edificar con provecho y solidez. Lo contrario es edificar sobre arena, quedar expuesto al derribo por el primer temporal que se desencadene.

3.7. *Peculiaridad de la Escritura Sagrada*¹³²

Como última conclusión, por ser precisamente la más importante, consideremos que para el Estridonense nunca dejó de afectarle profundamente el carácter propio y único de la Biblia, el de ser Palabra de Dios. El se nos presenta consciente del abismo que media entre la escritura profana y la que ha sido redactada bajo la inspiración del Espíritu Santo. Nuestro autor era, sin duda, un gran bibliófilo. Muchas veces a lo largo y lo ancho de sus escritos afloran por doquier detalles que reflejan su vasta erudición. Su juventud, según nos narra él mismo, transcurrió alegre y despreocupada entre los grandes de la literatura griega y latina. Hasta que un día, después del famoso y terrible sueño, Jerónimo descubre como algo nuevo que la Biblia es el libro de Dios.

132. Cfr. supra p. 900, 902, 915 y 916.

Desde entonces Jerónimo se entrega de lleno al estudio de los libros sagrados. Ya no vive para otra cosa que para sumergirse por el estudio en el arcano divino, que se contiene en las palabras escritas bajo la inspiración divina. Esa era la máxima preocupación de su vida, el porqué de sus renunciaciones, de sus silencios y de sus clamores.

De ordinario, cuando escribe sobre la Sagrada Escritura lo hace a requerimiento de algún amigo, un hermano en la fe, que acude a él para pedirle una aclaración sobre una cuestión determinada, una traducción clara y un comentario seguro de un libro sagrado. Da la impresión de que si de él dependiera se habría limitado a esas conversaciones sencillas, casi en voz baja como un susurro, con los humildes monjes de Belén.

Podemos decir que Jerónimo se acerca al texto sagrado con un santo temor y con un profundo respeto. Convencido de la ayuda divina que precisa en su tarea, suplica una y mil veces oraciones que obtengan de lo Alto la luz necesaria para su ardua labor. Sólo confiando en ese apoyo sobrenatural, se adentra el Doctor Máximo en las palabras que son el camino para conocer el corazón de Dios.

Summariu m

Constitutio Apostolica Scripturarum thesaurus quam Sumus Pontifex Ioannes Paulus II ante diem VII Kalendas Maias anno Dimini MCMLXXIX promulgavit, denuo illum S. Hieronymum ut optimum Sacrae Scripturae interpretem proponit. Hunc enim commemorans Summus Pontifex eundem verum magistrum esse aperte declarat. Huius assertionis veritatem ex factis quae meritum traductionis latinae Doctoris Maximi ostendunt, comprobare licet. Quo clarius id pateat, tres aetates respicere iuvat, quibus multae apparuerunt Sacrorum Librorum traductiones, quamquam prae omnibus excelluit Vulgata quae hodie Novis Bibliis Vulgatis seu Neovulgata instaurata est.

Aetas prima postremos saeculi iv annos complectitur, cum traductiones sacrorum Librorum latinae continuo multiplicabantur. Tum quidem infelicitate evenit ut recto studio diffundendi passim Verbum Dei non semper vera ars vertendi accederet et traductiones variae diversaeque haud semper inter se convenirent gravem generantes confusionem cui Damasus, Pontifex Romanus, mederi omnibus modis intedit, S. Hieronymo committens arduum laborem redigendi in unum saltem in Novo Testamento tot traductiones adeo dispaes. Hoc fuit initium ingentis operis quod tantam laudem S. Hieronymo tribuit. Recenso Novo Testamento et in unum redacto, S. Hieronymus a pluribus rogatus, hanc tantam operam omnes Antiqui Testamenti Libros vertendi ipsis fontibus seu archetypis innixus impigre suscepit.

Dum hoc incepto versatur, sanctus interpres laetus sentit suam operam a multis faventibus acceptam, etsi ab aliis multis impie et vehementer impug-

nantibus reicitur; his penitus displicebat traductio ex lingua hebraica facta, nam iis temporibus iudaei, penes quos textus hebraicus erat, infestissimi christianis iure existimabantur. Accedebat huc quod haec traductio alteram LXX vocatam quam inspiratam habuerunt quaque Novi Testamenti hagiographi usi, quodammodo aspernari videbatur. Hic rerum status et ingenium S. Hieronymi ardens ac violentum fortiter impellunt ad suam traductionem iustificandam. Itaque in multis scriptis loquitur auctor et de labore confecto et de causis quae ad eundem conficiendum compulerunt.

Ex his scriptis nonnulla quae tanquam fundamenta confectioni Vulgatae adjuerunt decerpimus. Traductio quae per sedecim saecula stetit, nonne digna ut nos multa doceat putanda? Primum quod ex Sancti Hieronymi labore depromitur est magnum momentum et pondus archetypis inhaerens. Nulla enim traductio quamvis optima adaequabit melius verba auctoris inspirati quam illud quod ipse scripsit. Archetypi quidem non conservantur, at vero quodlibet exemplar eorum quae ab auctore scripta sunt, eorundem traductioni praestat.

Praeterea S. Hieronymus subtilitatem et elegantiam in vertendo magni aestimat, simplicitatem et claritatem dictionis minime recusans, quia debet imprimis legens lecta comprehendere. Ex eius igitur scriptis liquet quacumque traductione semper significationem traducti quaerendam potius quam translationem ad verbum confectam et adeo strictam ut intellegi nequeat quid hagiographus significare voluerit. Alioquin S. Hieronymus tali sermone utitur qualis in Ecclesia observari solitus. Adhibet, quoad potest, vocabula communia et usitata, reiciens ea quae legentem possint offendere. Hoc eodem modo Doctor Maximus textum ad Sanctae Ecclesiae mentem interpretandum curat saepius quaerens quid Romae de hanc quaestione sentiatur. Tandem nostro eximio interpreti clarissime patet Sacram Scripturam a Deo inspiratam, apud quam alta fide ac reverentia agendum est ut fiat, Deo adiuvante, traductio eodem ornata spiritu quo sunt libri sacri confecti.

Summary

The Apostolic Constitution *Scripturarum thesaurus*, promulgated by His Holiness John Paul II on April 25, 1979, has made the figure of St. Jerome return to the foreground as a model translator of the Holy Scriptures. Referring to the Saint from Estridonia the Roman Pontiff affirmed that he "continues being like a teacher". These words are confirmed by the facts that show the value of the Latin version of this great Doctor. In order to demonstrate its worth we will look at three time periods in which there arose many versions of the Bible, but all of which gave way to the "Vulgate", translation which the New Vulgate Bible or "Neovulgata" usually follows.

The first period corresponds to the end of the fourth century. It is a moment of great proliferation of Latin versions of the sacred books. Unfortunately, the desire to spread the Word of God throughout the world was not matched by a mastery of the art or translation. Consequently, the many versions didn't always agree, creating a truly chaotic situation and motivating the Bishop of Rome, St. Damasus, to try and remedy the problem; he puts St. Jerome in charge of unifying, at least with the New Testament, the numerous group of conflicting translations. It was the beginning of the great work that would bring so much fame to the monk of Bethlehem. After revising and unifying the New Testament and having been solicited by many to continue, St. Jerome set forth on the arduous task of translating all the books of the Old Testament directly from the originals.

Throughout his difficult job, the saintly translator enjoyed great satisfaction in seeing the welcome reception his work received in determined sectors. But he also had to suffer incomprehension and merciless attacks by many others, who could not see the worth of a translation based on an original in Hebrew, work of a set of Jews who were most bitter enemies to Christianity during those times. Whatmore, this translation implied a certain scorn towards the version of the LXX, used by the inspired writers of the New Testament and regarded by many as inspired. Both this state of affairs and the violent and passionate character of St. Jerome lead him to justify his version. Many of his works, therefore, contain references to his task and set forth the reasons that moved him to its undertaking.

From these writings we can extract some of the basic principles that were present in the elaborating of the Vulgate. A translation that has withstood the march of sixteen centuries surely can still teach us something. The first important lesson we learn from the Estridontine is the importance of working with the originals. No translation, for all its worth, can ever be more faithful to what the inspired writer said than that which he himself wrote. Admittedly it is true that, strictly speaking, in the case of the Bible, the originals themselves have not been conserved; but it is also true that a copy of that written by the sacred author will always be of more value than a translation of the same.

St. Jerome also gives great importance to the precision and elegance of his translation. This does not go to say that his prose is not clear and simple; precision implies above all that the reader understands what he reads. This leads us to see a third principle of St. Jerome: the translation must always aim at the meaning of that which is translated, rather than being slave to a literalism which makes the understanding of what the sacred writer wanted to say impossible. The Stridonian priest also used as long as possible the same way of speaking that the Church had been trying to conserve throughout the decades. He respects as much as possible the traditional terminology and avoids phrases that could sound strange to his readers. Similarly, the great Doctor is extremely concerned in interpreting the text in accord with the interpretation of the Holy Church, and more than once consults the opinion of Rome. Finally, it is obvious that our translator views the Holy Scripture as inspired by God, and meritorious of an attitude of faith and reverence which would make possible, with the divine help, a translation made in the same spirit in which were written the sacred books.